

EL JUEGO DE LA MUERTE

RED ARTHUR

El juego de la muerte

COLECCIÓN

ESPACIO

El juego de la muerte

Por

Red Arthur

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta. — Pasaje Nuria. 8 — Barcelona


El JUEGO de la MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO



IRO E. GOLDSMITH, coronel de las Fuerzas Aéreas de la Marina y jefe de Vuelos Experimentales de White Sand, fijó su vista en el lacónico mensaje recibido tan sólo momentos antes.

Decía así:

«Esperamos de su indudable competencia la urgente localización

del cohete 3A-15.»

No había más, a no ser la fecha: 22 de diciembre de 1973. Naturalmente, el mensaje llevaba firma; pero el coronel Goldsmith no quiso mirarla. Era un «pez demasiado gordo».

Con un gesto de furor incontenido arrugó el papel y lo lanzó contra la papelera. Debió pensarlo mejor, porque se inclinó sobre el cesto metálico y tomó de nuevo el mensaje. Lo alisó con brusquedad y lo depositó sobre la mesa, colocando un pisapapeles sobre él, no sin antes haberle dirigido una terrible mirada.

Acto seguido tomó un teléfono y pulsó un resorte.

—Póngame con el Departamento de Localización — gruñó.

Hubo una corta espera.

—Aquí, Goldsmith — volvió a decir—. ¿Cómo va esa búsqueda? ¿Le han localizado ya?... Todavía no, ¿eh? ¿A qué aguardan? ¿Al Día de la Independencia? Me agradarla saber qué es lo que dijeron que sabían hacer cuando les destinaron a esta base. Si exceptuamos la de cobrar, no han demostrado ustedes ninguna otra aptitud...

La respuesta que llegó del otro extremo del hilo telefónico congestionó el rostro de Goldsmith, que cambió el teléfono de oído varias veces antes de gritar:

— ¡No son adivinos! Debí suponerlo. Ahora concédame, aunque sólo sea por brevísimos instantes, el placer de imaginar lo que responderá Washington cuando transmita al Mando tan genuina declaración. De paso, envíeme una relación de los personajes influyentes que conozca para que me proporcionen un buen empleo cuando me expulsen.

Tras estas palabras, Goldsmith disparó el teléfono contra sus horquillas.

Al ponerse en pie dejó escapar un poderoso bufido.

Acto seguido rebuscó en todos sus bolsillos hasta encontrar el paquete de cigarrillos que con tanto fervor estaba buscando. Con verdadera furia apresó uno de ellos entre sus dientes, lanzando el resto sobre la mesa.

Necesitó más de treinta segundos en localizar el encendedor automático y prender el cigarrillo. Inmediatamente después abandonaba la oficina con el mismo ímpetu y abundancia de humo

que antaño las locomotoras del «Unión Pacífico», en sus tiempos heroicos.

Los hombres a su mando aseguraban que los portazos del coronel Goldsmith eran registrados por todos les sismógrafos de la Unión.

En el exterior el calor era sofocante y el reverbero de la luz solar molestaba a los ojos. Goldsmith protegió los suyos con las oscuras gafas que todo el mundo conocía en White Sand.

A pocos pasos de la puerta había un «jeep», al que subió. Poco más tarde arrancaba, dejando tras de sí una constante, cortina de polvo.

Llamar carretera, siquiera camino, a aquella senda se le habría ocurrido tan sólo a un espíritu generoso, con cierta morbosa tendencia a la exageración. A pesar de ello, «Gruñidos» — mejor se le conocía por este apodo — conducía su «jeep» por aquel camino a una velocidad no inferior a los noventa kilómetros por hora.

No aminoró la marcha hasta llegar a los emplazamientos de las plataformas lanzadoras. Viró escalofriantemente alrededor de una de ellas con evidente riesgo de que vehículo y ocupante pasaran a formar parte integrante de la misma, y enfiló hacia la casamata desde la que se ejercía el telemando de los cohetes.

El chirrido angustioso con que respondió el automóvil, cuando el coronel pisó a fondo el freno, hubiera desgarrado el alma a su diseñador.

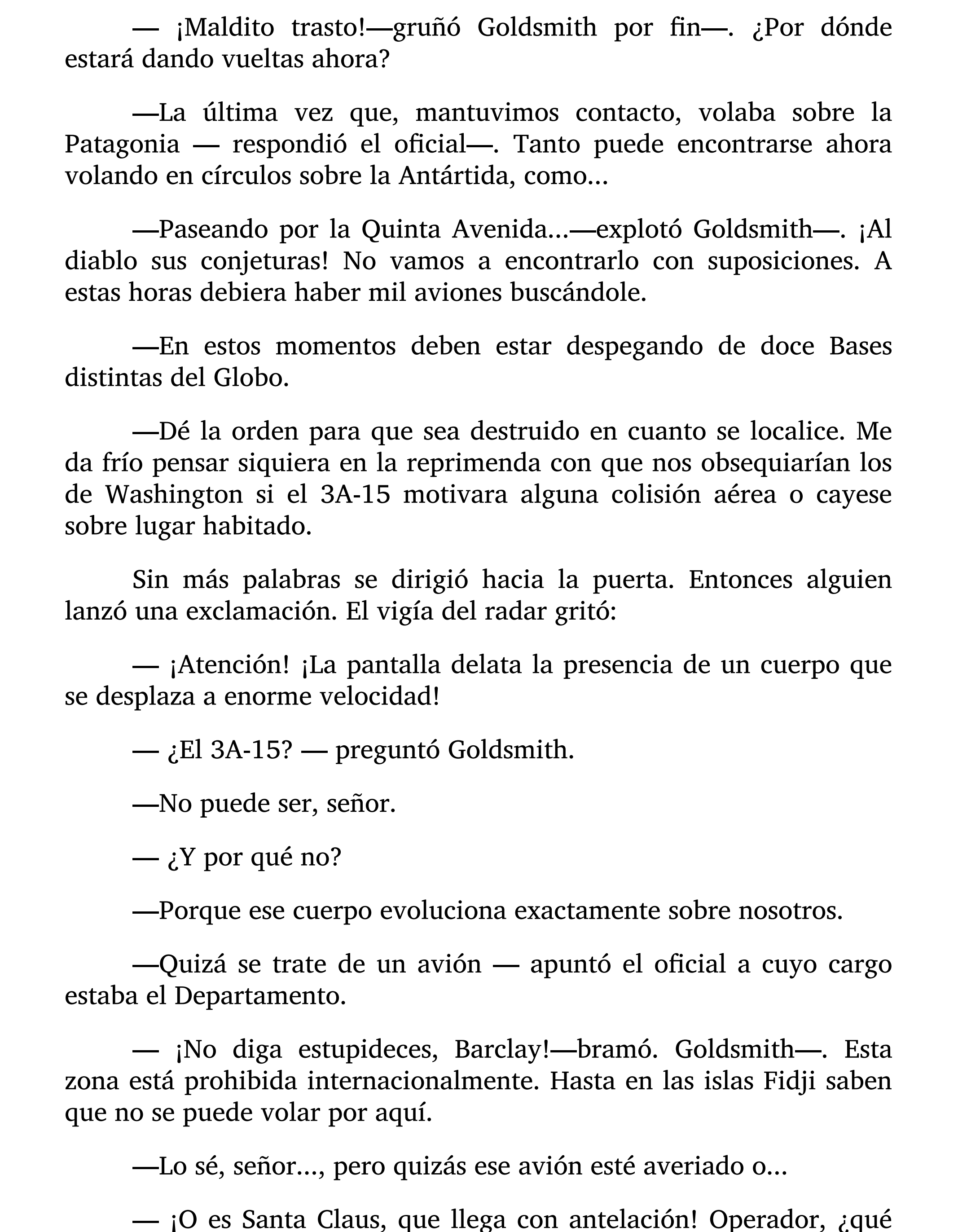
«Gruñidos» saltó a tierra y echó a andar con desmesuradas zancadas hacia la construcción, sin responder a los saludos de cuántos soldados se cuadraron a su paso, penetró en el edificio. Fue cerrando puertas con peligro de desmoronamiento hasta llegar al objetivo de su viaje. Era éste la sala de control desde la que se dirigía el vuelo de los coñetes. Cuantos la ocupaban se pusieron en pie.

— ¿Continuamos sin tener noticias? preguntó.

Un oficial joven respondió, con visible azoramiento:

—Hemos perdido totalmente el rastro del 3A-15, señor.

«Gruñidos» hundió sus manos en los bolsillos del pantalón con tanto ímpetu, que alguien pudo creer que iba en busca de los calcetines. Durante unos segundos se pudo escuchar perfectamente el ritmo respiratorio de los presentes.



— ¡Maldito trasto!—gruñó Goldsmith por fin—. ¿Por dónde estará dando vueltas ahora?

—La última vez que, mantuvimos contacto, volaba sobre la Patagonia — respondió el oficial—. Tanto puede encontrarse ahora volando en círculos sobre la Antártida, como...

—Paseando por la Quinta Avenida...—explotó Goldsmith—. ¡Al diablo sus conjeturas! No vamos a encontrarlo con suposiciones. A estas horas debiera haber mil aviones buscándole.

—En estos momentos deben estar despegando de doce Bases distintas del Globo.

—Dé la orden para que sea destruido en cuanto se localice. Me da frío pensar siquiera en la reprimenda con que nos obsequiarían los de Washington si el 3A-15 motivara alguna colisión aérea o cayese sobre lugar habitado.

Sin más palabras se dirigió hacia la puerta. Entonces alguien lanzó una exclamación. El vigía del radar gritó:

— ¡Atención! ¡La pantalla delata la presencia de un cuerpo que se desplaza a enorme velocidad!

— ¿El 3A-15? — preguntó Goldsmith.

—No puede ser, señor.

— ¿Y por qué no?

—Porque ese cuerpo evoluciona exactamente sobre nosotros.

—Quizá se trate de un avión — apuntó el oficial a cuyo cargo estaba el Departamento.

— ¡No diga estupideces, Barclay!—bramó. Goldsmith—. Esta zona está prohibida internacionalmente. Hasta en las islas Fidji saben que no se puede volar por aquí.

—Lo sé, señor..., pero quizás ese avión esté averiado o...

— ¡O es Santa Claus, que llega con antelación! Operador, ¿qué velocidad desarrolla ese maldito objeto?

—Resulta difícil calcularlo, señor. Gradualmente va perdiendo velocidad. Pero en el momento de su localización avanzaba vertiginosamente. Desde hace unos segundos está descendiendo en ángulo de cuarenta y cinco grados. Me inclino a creer que caerá

exactamente sobre nosotros...

Ciro E. Goldsmith dio un respingo.

— ¿Ha dicho usted «caer»?—preguntó.

El operador hizo patente su confusión.

—No tengo elementos de juicio..., pero ésa fue mi primera impresión; he respondido intuitivamente. Sin embargo, su trayectoria es ésa, a menos que se desvíe.

El coronel dio los suficientes saltos para llegar hasta el amplio y acristalado ventanal. Desde él escrutó el cielo.

— Todavía no puede verse nada — dijo, hablando para consigo mismo—. Es evidente que no se trata del 3A-15, puesto que no ha podido recorrer tan larga distancia en tan corto espacio de tiempo. ¿Qué puede ser, entonces?

Dejó de hablar para poder pensar más rápidamente. Aquel objeto desconocido no podía ser otra cosa que un cohete; esto saltaba bien a la vista. Lo realmente difícil de adivinar era su origen. Ninguna estación de lanzamientos había indicado la pérdida de control de un «ángel» — así se les llamaba familiarmente a los cohetes experimentales —, y la posibilidad de un ataque había que descartarla por pueril.

Nada se podía hacer por evitar que aquel proyectil— Goldsmith no podía admitir que fuera cosa distinta — incidiera sobre ellos. Restaba, únicamente, saber si el violento contacto afectaría a parte alguna del campamento.

Volvió a dirigirse al operador del radar.

—Calcule el lugar exacto en que irá a caer. Quiero saber si puede interesar algún punto vital de la Base.

—Ya nada podría hacer, señor... — respondió el muchacho, visiblemente pálido—. Ese objeto está sólo a tres mil metros sobre, nosotros. Desde el exterior podrá vérsele ya. Hay buena visibilidad.

El coronel Goldsmith miró instintivamente hacia el techo. Casi simultáneamente echó a correr hacia la puerta y tras él fueron los otros.

Haciendo pantalla con las palmas de las manos, Goldsmith buscó con la vista al proyectil.

— ¡Allá viene! —gritó alguien.

El coronel dirigió su mirada hacia el punto que señalaban media docena de índices extendidos.

La vista del coronel era buena y pudo distinguir prontamente el objeto; no obstante, pidió unos prismáticos. Cuando estuvo en poder de ellos casi no le eran precisos ya.

Ciro E. Goldsmith comenzó a dudar de que se tratara de un proyectil dirigido, cuando realmente estaba más cerca de la verdad que nunca. Era fusiforme y llamó poderosamente la atención su intenso color azul. El hecho de no descubrir escape de gases, propios de un motor de combustión química, era lo que más le desconcertaba.

A una distancia que calculó inferior a los mil pies, distinguió casi con detalle las airosas y estilizadas aletas de popa, de grandes dimensiones, y una escotilla corrida, quizá de una cabina. Este último detalle le dejó suspenso. Si aquello era una cabina, nada más natural que imaginar que aquel desconocido proyectil o aeronave estaba diseñado para llevar piloto. Tal suposición quedó prontamente confirmada cuando el aparato salió de su prolongada caída y cobró altura de nuevo, después de, pasar por una breve horizontal.

«Quien sea — pensó Goldsmith —, es evidente que se dispone a aterrizar.»

La atención de toda la base estaba centrada en Ir, evolución del misterioso aparato, que inició un violento viraje y se alejó hacia el sur, pero ya a escasa altura. A una distancia como de una milla viró casi en redondo y enfiló nuevamente hacia las construcciones y casamatas, desviándose, poco después, hasta la pista de aterrizaje anexa a la gran base experimental.

A Goldsmith ya no le cupo duda de que el aparato iba tripulado y su ocupante se proponía tomar tierra.

Advirtió inmediatamente que la velocidad era excesiva para la poca altura que llevaba la aeronave y que el aterrizaje sería violentísimo.

—¡Preparen el equipo móvil de salvamento y sigan al aparato!—gritó—. ¡Ese piloto va a destrozarse!

Pero su orden pareció ser adivinada, porque en aquel momento se ponía en marcha el rapidísimo vehículo portador de potentes extintores. Más tarde, cuando el cohete rozaba ya la pista de

concentrado plástico, se escuchó el estridente grito de la sirena de la ambulancia de urgencia.

Aquel proyectil azul cruzó como una exhalación ante los que le contemplaban, perdiéndose hacia el Anal de la pista.

Todos pudieron ver cómo el plástico de la pista pareció derretirse bajo la poderosa fricción del cuádruple tren de aterrizaje del cohete, dejando éste múltiples surcos sobre la pista.

Alcanzó el límite de la misma sin haber reducido apenas la velocidad, y Goldsmith le vio alejarse envuelto en una formidable nube de polvo. Fue a detenerse media milla más allá, ya en pleno desierto.

Con un salto que hubiera hecho morir de envidia a un canguro, «Gruñidos» se encaramó al «jeep» que le había traído hasta allí. El oficial del telemando ocupó un lugar junto a él.

El sufrido motor respondió con un desapacible gruñido al despiadado trato a que le sometió Goldsmith. Entonces llegó corriendo un soldado.

—Señor — gritó—, la caza aérea localizó e hizo estallar al 3A-15 justamente a la altura de…

Únicamente su instinto evitó al soldado ser arrollado por el «jeep». Desde el suelo escuchó la colérica respuesta de Goldsmith:

— ¡Vayan al cuerno usted y su maldito 3A-15! ¿Cree que es éste el momento de ocuparnos de semejante estupidez?

Pese a la escalofriante carrera, «Gruñidos» no creía llegar antes de que el desconocido proyectil estallara. Apretó con furia el acelerador, ya a fondo, demostrando con ello que no poseía la menor idea de la impenetrabilidad de los sólidos. Su acompañante estaba lívido y, por su expresión, podía adivinarse que hubiera dado gustoso su brillante carrera militar a cambio de una ligera parálisis inferior en el organismo de Ciro E. Goldsmith Éste, ignorante de las tribulaciones de su inferior, continuaba conduciendo con escalofriante desprecio a su vida. El oficial perdió totalmente el control de sus nervios cuando Goldsmith voló sobre dos ruedas después de, esquivar con apuros una gran piedra.

Es posible que, con ser menor su impaciencia, lograra abandonar el vehículo mucho antes que «Gruñidos».

La sorpresa del coronel no tuvo límites al ver que la aeronave

parecía estar intacta. Ni el más ligero indicio de humo podía hacer temer una próxima explosión. Aquel aparato, aparte del tren de aterrizaje completamente destrozado, parecía intacto.

Los hombres del equipo de salvamento lo rodearon, al parecer, indecisos. La presencia de Goldsmith pareció animarles.

— ¿Qué sucede? — preguntó el recién llegado.

Un sargento respondió a la pregunta del coronel:

—Nos vemos incapacitados para penetrar en el interior. La estructura de esta astronave no ha sufrido el menor desperfecto y está herméticamente cerrada; cualquiera podría creer que está diseñada para vuelos interplanetarios.

El propio Goldsmith quiso convencerse por sí mismo de las palabras del sargento. Pronto pudo comprobar que eran ciertas.

El aparato yacía recostado sobre la reseca tierra, y a pesar de ello no era posible alcanzar a ver en su interior a través de las vidrieras de la claraboya. La pulida superficie del extraño metal de intenso azul no ofrecía facilidad alguna para la escalada.

Descubrieron una escota rectangular herméticamente cerrada, que era, sin duda, el lugar de acceso al interior. Cuantos intentos se realizaron por abrirla resultaron vanos.

—Va a ser necesario regresar a la base para recoger un soplete — dijo Goldsmith—. Es muy posible que en el interior haya personas vivas.

Uno de los vehículos se alejó velozmente para cumplir la orden de «Gruñidos». Mientras tanto, éste inspeccionó el extraño proyectil o aeronave, cuyas características en nada se ajustaban a sus abundantes conocimientos en la materia.

Dio una vuelta completa para examinar detenidamente el objeto.

Era fusiforme casi en su totalidad, excepto en su parte delantera, donde la proa se abultaba sensiblemente, quizá para dar lugar a la cabina. Llamó poderosamente su atención lo dilatado de las aletas o grandes timones, que suplían perfectamente a los planos de sustentación. Pero en aquellos planos sería lógico que existiera un turborreactor, cuya tobera buscó infructuosamente. Todo era del mismo color y la monotonía de la superficie pulimentada apenas se veía destruida por algunos orificios, sin que pudiera saber a qué estaban destinados.

Se detuvo ante los timones. Una de las aletas se había deformado ostensiblemente. Creyó que tal coyuntura permitiría a un hombre ágil trepar hasta el lomo de la aeronave. SI aquel hombre era capaz de guardar el equilibrio, era muy posible que pudiera llegar hasta la cabina y examinar su interior.

Transmitió sus ideas al sargento y se buscó al hombre adecuado.

El designado no pareció muy convencido de que fuese posible trepar por aquellas paredes lisas, pero no opuso el menor argumento.

Saltó hasta la averiada aleta. Desde ella miró hacia arriba y luego al suelo. Una caída desde la parte más alta no debería ser demasiado agradable.

Hizo un gesto como si se desentendiese de tal pensamiento y buscó un punto al que asirse para continuar la ascensión.

La aleta inmediata, merced a la deformación de la que ocupaba, no estaba muy distante. Dio un salto sin lograr alcanzarla, y estuvo a punto de caer. Una segunda tentativa resultó más afortunada.

A pesar de todo la ascensión necesariamente tenía que realizarse por contracción muscular. Con un sobrehumano esfuerzo consiguió el hombre pasar una pierna sobre el timón. Escasos segundos después estaba preparado para emprender la parte más dificultosa de la escalada.

Pegóse a la pared metálica, alzando sus manos sobre la cabeza en busca de asidero. Sus dedos tocaron el borde de un orificio. Se agarró con fuerza y continuó subiendo. Al llegar al punto más alto tuvo que tenderse sobre la superficie, completamente extenuado. Los de abajo podían ver perfectamente el copioso sudor que empapaba su camisa. Algunos gritos animaron al escalador. Éste se incorporó lentamente y comenzó a avanzar en dirección a la proa. Recorrió la distancia de doce yardas sin el menor contratiempo. Los que le contemplaban le siguieron pendientes del menor de sus movimientos.

El de arriba se dejó caer por delante de la cabina y miraba hacia el interior. Necesitó hacer pantalla con las palmas de las manos para poder ver mejor.

— ¡Hay alguien aquí dentro!—gritó.

— ¿Qué es lo que ve? — inquirió Goldsmith.

—Veo a un hombre tendido junto a los mandos. No puedo precisar si hay más personas. La cristalera no es lo suficientemente

ancha que permita la entrada de la luz hasta el interior.

— ¿Vive ese hombre?

—No me atrevería a decir que haya muerto; más bien parece desvanecido.

—Intente quebrar esa cristalera.

El otro obedeció. Se puso en pie, asiéndose con las manos a un punto seguro, y propinó un fuerte puntapié. No obtuvo el menor resultado del intento, ni de las sucesivas pruebas.

Le lanzaron una pesada pieza de hierro, pero sucedió lo mismo.

—Es inútil que siga intentando. Este material es sumamente resistente y elástico. No podré romperlo — declaró el soldado.

—Está bien — dijo Goldsmith—. Puede descender ya de ahí. Esperaremos a que llegue el soplete.

El trepador deshizo el camino andado y pronto se reunió con los otros. Un camión auxiliar llegaba ya, acompañado de la inevitable nube de polvo.

Acuciados por la impaciencia de «Gruñidos», que hizo honor al mote, los componentes del equipo de urgencia instalaron rápidamente el soplete y comenzaron su trabajo.

El encargado de manejar el aparato no tardó en quitarse la máscara protectora. En su expresión había tal asombro que obligó a Goldsmith a preguntar:

— ¿Qué sucede ahora?

—Quisiera que alguien me explicara qué clase de aleación es ésta...

— ¡Y yo quisiera un refresco de menta!—vociferó Gruñidos»—. ¿Quiere dejar a un lado las preguntas y responder a la que yo le he hecho? ¿Qué demonios sucede ahora?

—El soplete no le hace mella.

— ¡Si apenas lo ha intentado!

—Conozco mi oficio. No podemos hacer nada. A menos que le coloque una buena carga de explosivos, no conseguirá despanzurrar este aparato.

— ¡Una solución digna de su cerebro!—gritó Goldsmith —. A propósito, ¿tiene usted cerebro? Hay un ser humano ahí dentro. Quizá necesite ayuda inmediata. Hemos de dar con la solución; es preciso llegar hasta el interior.

El del soplete se encogió de hombros.

Sus hombres no le habían conocido jamás en aquel estado. Comenzó a dar vueltas mascullando frases y vocablos que difícilmente se habrían podido hallar en el más completo de los diccionarios.

Al cabo de algún tiempo pareció calmarse. Con las manos hundidas en lo más profundo de sus bolsillos, fue a apoyarse contra el «jeeps».

Parecía dispuesto a permanecer allí hasta que la aeronave se oxidara y cayera a pedazos.

Entonces sucedió lo imprevisto.

CAPÍTULO II



IRO E. GOLDSMITH abrió desmesuradamente los ojos. La escotilla rectangular se estaba abriendo. En realidad no era exactamente esto; se estaba corriendo hacia un lado, introduciéndose en una oquedad del panel metálico.

Casi todos vieron al mismo tiempo al hombre que apareció en el hueco. Vestía extrañas ropas de vuelo y parecía conmocionado. Vaciló unos instantes como si fuera a caer, pero reaccionó a tiempo y pudo agarrarse al quicio de la puerta corrediza.

— ¡Pronto!—ordenó «Gruñidos»—. ¡Ayuden a ese hombre! ¡Va a desnucarse!

Pero antes de que nadie pudiera llegar en su socorro el desconocido desapareció en el interior. Casi inmediatamente una

liviana escalerilla metálica pareció descender desde el hueco y, tras ella, el hombre.

Con aparente dificultad, aunque rápidamente, llegó hasta el último tramo. De allí hasta el suelo, sin más esfuerzo que dejarse caer.

Prontamente fue rodeado por todos. Nadie pronunció palabra, plenamente convencidos de que el recién llegado no les iba a comprender. Pero ante la sorpresa de todos, el desconocido habló perfectamente el inglés, con marcado acento tejano.

—Estoy en Norteamérica, ¿no es cierto? — dijo.

Tardaron en responderle. Y fue Goldsmith quien lo hizo.

—En efecto. A «esto» le llaman White Sand. Y usted, ¿quién es? ¿Un pacifico ciudadano que salió a pasear con su último modelo? — acabó su pregunta señalando la aeronave.

—Mi nombre es Ralph Temple. En otro tiempo fui sargento del Ejército norteamericano de invasión.

—Y seguramente tendrá alguna condecoración.

—Cierto. Dos Barras de Plata.

—Bien— gruñó Goldsmith—. Vamos a la base. Éste no es lugar para interrogatorios. El calor agobia.

Pareció olvidar a su interlocutor. Volviéndose al sargento, dijo:

—Permanezcan aquí custodiando esta nave hasta que llegue una guardia especial, que yo mismo enviaré...—Pareció acordarse nuevamente de Ralph Temple porque, volviéndose, interrogó—: ¿Queda alguien más ahí dentro?

Temple denegó con la cabeza.

Goldsmith hizo un ademán, indicando que debía subir al «jeep».

El otro obedeció lánguidamente y el coronel se dispuso a empuñar el volante, pero el oficial se abalanzó como un tigre, apoderándose de los mandos. Goldsmith ocupó un sitio junto a su prisionero, porque así lo consideraba.

Durante el trayecto no cesó de enviarle inquisitivas miradas. Temple pareció advertirlo, pero se entretuvo mirando el paisaje, lo cual podía considerarse como un exceso de Imaginación.

La base pareció llamar su atención. Permaneció sentado cuando todos ya habían abandonado el vehículo. «Gruñidos» le indicó que le siguiera.

— ¿Qué es lo que hacen aquí? — preguntó Temple.

—Ahórrese preguntas — contestó Goldsmith —. Eso es cosa mía. No puedo responder a ninguna de ellas mientras no sepa quién es usted en realidad.

—Creo habérselo dicho ya.

«Gruñidos» no contestó esta vez. Caminaron en silencio durante algún tiempo. Ya frente a la oficina, Goldsmith se detuvo. Dio instrucciones al oficial para que nombrase los turnos de guardia que debían vigilar la aeronave.

Cuando se hubo alejado su subordinado invitó a su prisionero a entrar en su oficina.

—Pase.

Goldsmith se quitó las gafas y la guerrera. Sus ojos grises, de mirar duro, escrutaron a Temple.

—Siéntese — dijo.

Fue hasta un pequeño armario y extrajo una botella. Del depósito de agua tomó dos vasos de papel.

— ¿Un trago?

Temple sonrió y se encogió de hombros.

—Puedo probar.

—No le obligo. Si no tiene hábito...

—Lo tenía, pero hace muchos años que no he podido probar el licor.

— ¿Prescripción facultativa?

—Imposibilidad. Pero no se preocupe, llene mi vaso.

Goldsmith obró en silencio. Más tarde tomó el paquete de cigarrillos que dejara sobre el escritorio.

— ¿Lo apetecen?

—Me veo en la necesidad de intentar también.

El coronel lo miró de un modo extraño.

— ¿De dónde sale usted, amigo?—preguntó.

—Vengo de un lugar algo distante.

—Tendrá un nombre, ¿no?

—Lo tiene. Se llama Sabank. No me pida que se lo deletree porque ignoro su nombre.

— ¿En Siberia?

Temple sonrió ampliamente.

—No. Está mucho más lejos.

Goldsmith no apartaba la mirada de su rostro. Le ofreció fuego y fue a sentarse tras la mesa.

—Sería conveniente que no tratara de hacerme perder tiempo —explicó—. Llegó hasta esta base en condiciones poco normales. Cuando el mando tenga noticias de ello va a querer saber toda la verdad y para entonces yo tengo que saberla. Es muy posible que yo esté ofuscado. Si no puede usted revelar algún secreto no lo haga. Quiero decir que si trabaja para el Gobierno en algo que no debe ser conocido, lo diga. De otro modo deberá explicar su presencia en esta zona militar…

—Es inútil — exclamó Temple.

— ¿Qué quiere decir? ¿Se niega a hablar?

—No me ha entendido. Me refería al cigarrillo; he perdido la costumbre de fumar y ahora no puedo con él.

Con ademán práctico lo aplastó contra el monumental cenicero que ocupaba gran parte de la mesa.

Goldsmith quiso fulminarlo con una mirada.

— ¿Está dispuesto a responder a mis preguntas?

—No tengo inconveniente. Pero antes de que comience a hacerlas quiero hacerle saber que hasta ahora he estado respondiendo a todas ellas. Por su actitud adivino que me considera como un espía. ¿Me equivoco?

No digo que sea un espía, pero deberá reconocer que las circunstancias en que ha aparecido son sospechosas. Veamos si puede responder a esta pregunta: ¿de dónde procede esa aeronave que le trajo?

—De Sabank. Ya se lo he dicho anteriormente. Quizá si me dejara que le explicara…

—Comience por explicarme dónde está Sabank — se había puesto en píe, sosteniendo en su mano Izquierda el vaso, con el que señaló un gran mapa—. Indíqueme en qué parte está.

Temple no se movió. Su aíre era resignado.

—Sabank no está ahí — repuso—. Sería mucho mejor que me dejara explicar. La verdad es que hace unas horas Imaginaba un recibimiento distinto a éste. Es lógico suponer que se ha de causar sensación cuando se llega procedente del lugar del que le estoy hablando.

—Lamento no haber podido llevar una banda de música y un piquete de honor para que les pasara revista después de su aterrizaje. A propósito, ¿qué clase de fuerza motriz emplea su aeronave? Con el golpe que le dio tuvo por fuerza que estallar…

—Así no vamos a llegar a ningún lado. Sus preguntas no se ajustan a orden alguno y corremos el riesgo de estar hablando durante tres días sin haber aclarado nada. Acabemos de una vez. Estoy sumamente fatigado y necesito reposar más que respirar. Quizá me proporcionará una cama si le digo que vengo de Venus en viaje directo.

Goldsmith no pudo acabar de beber su «whisky». Arrojó el vaso al suelo con furia y acto seguido golpeó con el puño el tablero de la mesa.

— ¡Basta!—chilló—. Es más de lo que puedo resistir. No siga por ese camino, porque voy a olvidar muchas cosas y no lo va a pasar usted muy bien.

—No se excite. He corrido peligros mayores que los de afrontar a un coronel de las Fuerzas Aéreas encolerizado. Le estoy diciendo la verdad. Es tan cierto como que mi cuerpo necesita tenderse para seguir existiendo.

Dicho esto se puso en pie.

—Indíqueme dónde puedo descansar y le prometo contarle cosas

que le valdrán un ascenso.

— ¡Oiga!—vociferó Goldsmith, sujetándole por un brazo. Le obligó a sentarse sin que el otro ofreciera la menor resistencia.

—Me está aplicando el tercer grado — replicó el viajero de Venus.

Comenzó a vacilar y estuvo a punto de caer de la silla. La rápida intervención de Goldsmith lo evitó.

Con grandes apuros lo aseguró para que no cayera, después de convencerse de que estaba desvanecido. Corrió al teléfono y comenzó a vociferar. Consecuencia de sus feroces gritos fue la inmediata presencia de dos sanitarios portadores de una camilla en la que depositaron al desvanecido.

—Cuiden de que le vea el doctor inmediatamente. Y tengan bien presente la posibilidad de que se trate de un loco. Que esté siempre vigilado.

Al quedar solo volvió a llenar otro vaso, que, bebió de un trago. Tomó nuevamente el teléfono.

Mientras tanto, el desconcertante Ralph Temple era llevado hasta la enfermería, donde el doctor lo sometió a un reconocimiento.

Desde el primer momento advirtió que la fatiga del piloto era producida por una formidable tensión emocional. No advirtió nada anormal.

Redactaba su informe cuando el coronel Goldsmith penetró en la enfermería.

— ¡Hola, «doc»!—saludó—. ¿Ha examinado bien a ese tipo?

—Creo que sí. Estoy redactando el informe. Muy pronto podrá leerlo.

—Prefiero que me lo diga usted. ¿Qué es lo que le pasa? A él me refiero.

—Mi opinión es la de que está bajo los efectos de un «shock» nervioso. Otra cosa no puedo diagnosticar.

Goldsmith se dejó caer sobre un taburete, esmaltado en blanco.

—Sí, eso parece ser; pero yo aludía a su cabeza — señaló con un dedo en su propia cabeza, acompañando a la acción un gesto

significativo.

—Eso resulta difícil de determinar. Ni siquiera lo he visto despierto. Me ha parecido tan sano como usted o como yo.

—Tengo mis motivos para creer que es un perturbado. Asegura que viene de Venus, ¿no le asombra?

—Resulta difícil de creer.

— ¿Sólo difícil?

—Le diré. El organismo de ese hombre presenta todos los síntomas de haber sido sometido a una velocidad espantosa. No podría engañarme en eso, porque he tratado a muchos pilotos que constantemente verificaban vuelos estratosféricos. No sé de dónde viene, pero se ha dado una buena carrera.

—Esperaré a que se despierte. Parecía dispuesto a hablar cuando se desvaneció. Mientras tanto, que Washington decida. ¡Para otro perro este hueso!

Dicho esto pareció más satisfecho consigo mismo y se dispuso a salir.

—He terminado mi informe, Goldsmith — dijo el doctor—. ¿Lo quiere?

—Démelo.

Guardó el papel en uno de los bolsillos de su guerrera y salió de la enfermería. Ya en el porche se ajustó las gafas y se alejó lentamente. Parecía sonámbulo. Caminaba con las manos hundidas en los bolsillos y ligeramente encorvado.

Sin que su voluntad interviniera en ello para nada, se halló frente a la cabina de telemando. Se recostó contra la pared de tablas. Alguien salió de la cabina y se cuadró ante él.

—Señor — dijo—, el jefe de las escuadrillas de caza que salieron en busca del 3A-15 comunica que lo derribaron cuando se hallaba sobre...

—Soldado, ¿por qué no me graba esa canción en cinta magnetofónica y me la regala por navidad?

El pobre muchacho quedó perplejo ante las palabras del coronel, que ya se alejaba de allí, adoptando el mismo aire de abstracción que

momentos antes.

De súbito pareció animarse.

—Quizá la aeronave me pueda dar la solución a todo esto.

Buscó un vehículo con la vista. Junto a las oficinas de la Administración había dos «jeeps», uno de los cuales estaba ocupado por su conductor, que charlaba con otro soldado.

—Al laboratorio — ordenó.

La carrera fue breve.

—Aguarde aquí — avisó al chófer.

Penetró directamente en la construcción de adobes y, ya en su interior, caminó hacia una garita acristalada que se descubría al fondo. Un hombre con bata blanca salió a recibirlo.

— ¿Dónde está Davidson? — preguntó Goldsmith.

—No so encuentra aquí en estos momentos; marchó a examinar ese extraño proyectil.

—Está bien. Voy a reunirme con él.

Efectivamente, el ingeniero jefe de los laboratorios se hallaba junto a la aeronave. Estaba maniobrando en ella.

— ¿Ha encontrado algo raro, Davidson?

El aludido, que permanecía de espalda, se volvió.

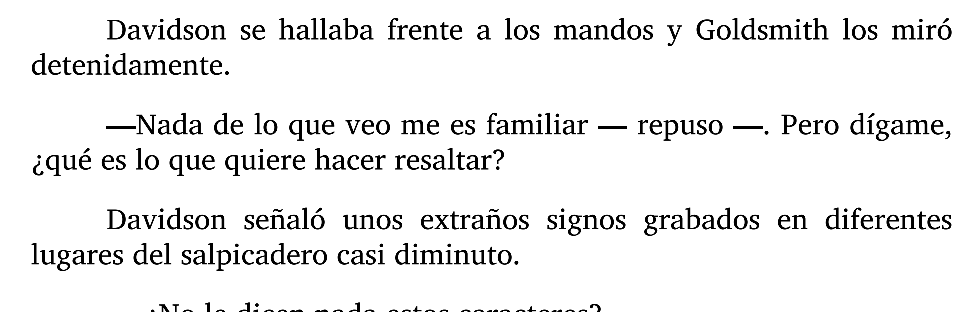
— ¡Hola, señor! Pues sí, he hallado algo raro. Es decir, algo no, todo es raro. Estaba examinando el grano de esta aleación; no tengo ni la más leve idea de qué metales puedan integrarla. Me son completamente desconocidos. ¿Ha visto la aeronave en su interior?

Goldsmith negó con la cabeza. Davidson lo tomó por el brazo.

—Vamos. —dijo—. Va a ver usted algo realmente raro.

Treparon por la escalerilla metálica. Pronto se hallaron en el interior de la cabina. «Gruñidos» examinó con mirada de entendido que era. En sus ojos pudo leerse la admiración. En silencio examinó diferentes dispositivos. Le distrajo la llamada de Davidson.

—Acérquese, coronel. Va a ver algo que le asombrará.



Davidson se hallaba frente a los mandos y Goldsmith los miró detenidamente.

—Nada de lo que veo me es familiar — repuso —. Pero dígame, ¿qué es lo que quiere hacer resaltar?

Davidson señaló unos extraños signos grabados en diferentes lugares del salpicadero casi diminuto.

— ¿No le dicen nada estos caracteres?

—La verdad — respondió «Gruñidos»—jamás me especialicé en idiomas. Eso sí, sé que estos rusos usan letras que difieren totalmente de las nuestras. ¿Entiende usted algo de lo que dice ahí?

Davidson abrió los ojos, sorprendido.

— ¡Estos signos no son rusos!—exclamó—. Le diré más. No corresponden al alfabeto de ningún país civilizado capaz de construir estos artefactos.

Goldsmith no estaba dispuesto a sorprenderse ya por nada. Sin que su continente se alterase en lo más mínimo, puso un cigarrillo en los labios y le prendió fuego.

—Quizá se trate de una clave — repuso—. Los rusos toman precauciones que nosotros no podemos siquiera imaginar.

—No es un razonamiento mal formulado en principio, pero existe algo que destruirá su tesis. Los metales que componen la aleación del casco exterior no son conocidos. Quiero decir que no existen. No sé si me habrá comprendido exactamente.

—Quiere decir que no se sabe que existan en ninguna parte del globo.

—Exacto. Claro que examinaré algunas raspaduras al microscopio. Tal vez...

—No se esfuerce demasiado, porque...—se rascó la cabeza. —yo también estoy convencido de que son desconocidos.

Davidson demostró su incomprensión.

Goldsmith sonrió a la manera que debe hacerlo el propio Mefistófeles.

— ¿Le gustaría saber quiénes han construida este artefacto? —preguntó.

— ¿Es que usted lo sabe?

— ¡Naturalmente! ¡Los habitantes de Venus!

Después de arrojar con fuerza el cigarrillo, Goldsmith se dirigió hacia la escalerilla, dejando a Davidson con la boca exageradamente abierta y mirándole de modo extraño.

«Gruñidos» entró en el despacho de su ayudante.

— ¿Envió el informe a Washington, Morton?

—Sí, señor.

— ¿Todavía no llegó respuesta?

—Hace apenas media hora que cursé la información...

—Está bien. Esperaré en mi despacho a que lleguen las instrucciones. No deje de avisarme cuando esto suceda.

Pasó más tiempo del que Goldsmith supuso antes de que las esperadas órdenes llegaran.

Anochecía cuando Morton solicitó permiso para entrar en la oficina.

— ¡Adelante, Morton! ¿Ya?

El recién llegado afirmó con la cabeza.

—Dígame usted mismo en qué consisten.

—Washington ordena que el tal Ralph Temple sea llevado allá. Una comisión de técnicos vendrá a examinar el proyectil...

— ¿Quién mejor capacitado que nosotros para estudiarlo? —interrumpió Goldsmith colérico. Morton se encogió de hombros—. Está bien, prosiga.

—Recomiendan la urgencia del viaje, porque resulta ser que Temple, en efecto, pertenecía a un grupo de «Rangers» en Europa. Termina la nota diciendo que a Temple se le dio por desaparecido poco antes de la caída de Alemania.

—Sí, ¡si lo estoy viendo! ¡Al final resultará cierto que ese tipo viene efectivamente de Venus! Morton, ordene que se establezca una guardia en torno a la enfermería; no me gustaría que ese pájaro levantara el vuelo. A este paso voy a tener que solicitar del mando una

división completa.

Al día siguiente «Gruñidos» mandó que Temple se personase en su oficina. El prisionero llegó escoltado. Se le había facilitado ropa militar.

—Veo que persiste en su idea de conceptuarme como hombre peligroso — dijo Temple sonriendo, a modo de saludo—. Cuando desperté creí hallarme en Sing-Sing. Creo que se toma demasiadas precauciones.

Goldsmith no se dio por enterado. A su vez dijo;

—He recibido instrucciones concretas de mis superiores. Hoy mismo partimos hacia Washington. ¿Tiene algo que recoger de su aeronave?

—Llevo puesto todo mi equipaje.

—En tal caso, vamos.

Salieron. «Gruñidos» caminaba en silencio. Al poco rato Temple le dirigió la palabra.

— ¿Cuál es su nombre, coronel?

—Ciro E. Goldsmith.

—Pues quiero decirle, Goldsmith…

— ¡Coronel! —gruñó el jefe de la base—. No olvide que aún es usted militar, puesto que no ha formalizado su desmovilización. Es usted un militar ante un superior.

Temple sonrió.

—Yo era del Ejército — respondió—. No tengo nada que ver con la Marina. De todos modos, quiero decirle que me es simpático.

Goldsmith emitió un bufido.

Un avión militar les esperaba y en él se acomodaron, no tardando en despegar. Temple, dirigió una mirada a tierra. Allá abajo quedaba, la aeronave azul.

Le distrajo la voz de Goldsmith:

—Prometió ayer hacerme un relato interesante.

Temple sonrió abiertamente.

— ¿Le gustarla conocer mi aventura? No tengo inconveniente en relatársela. Permita que recuerde los comienzos; han pasado algunos años — recostó su cabeza en el respaldo en actitud propia del que rememora—. Yo pertenecía al segundo grupo de Rangers del 13, ¿o era el 20? ¿Qué importa?

»La guerra en Europa había entrado ya en su última fase. Rotas las fabulosas defensas del Atlántico por el Ejército de invasión, el destino de Hitler dejaba de ser una incógnita.

»Cierto día nuestro grupo había de dar un golpe en la retaguardia del enemigo. No supimos cuál era nuestro objetivo hasta que nos hallamos sobre él y, por lo largo del viaje, quizá estaba situado en el mismo corazón de Alemania. Se decía que íbamos a atacar un centro de experimentación de armas secretas, cuya existencia había llegado hasta el mando a través de agentes del Intelligence Service.

»Para aquella acción se nos condujo a Inglaterra, donde nos sometieron a un riguroso entrenamiento. Por fin, una oscura noche despegamos de un aeródromo del este de Inglaterra...

CAPÍTULO III



L piloto atravesó el corto túnel y desembocó en el lugar en que los «rangers», alineados a ambos lados del fuselaje, aguardaban el momento en que debían lanzarse sobre su objetivo.

El recién llegado formuló un alegre saludo con la mano, dirigido a todos. Agarrándose a la obra muerta, avanzó hasta el mayor Higgins.

—Falta menos de un minuto para llegar al punto cero, señor — dijo en voz fuerte que no pudo dominar el intenso ruido de los motores—. Será conveniente que se dispongan para el asalto. Estén atentos a la luz verde. Aparecerá cuando se apague...

—Gracias, piloto — respondió el mayor con una sonrisa—. No nos acompañe hasta la puerta; conocemos el camino. Desde que comenzó la invasión estamos trabajando a destajo para acabar esta guerra cuanto antes.

El aviador se encogió de hombros y prosiguió su avance y poco después abría la trampilla por la que se lanzarían los «rangers».

Higgins se puso en pie y enganchó el mosquetón de su paracaídas en el lanzador, todos los comandos le imitaron.

El sargento Ralph Temple ocupó su lugar detrás de Higgins.

Brillo la luz verde y el mayor desapareció tragado por la noche. Tras él se lanzo Temple. Durante unos segundos no escuchó más sonido que el del aire al sudar junco a él. Vio por debajo de el abrirse el florón blanco del mayor Higgins y luego escucho el estallido se su propia seda, seguido inmediatamente del violento tirón de los tirantes, que le enderezaron con brusquedad. Se agarró a ellos y se izó a pulso para adoptar una postura cómoda. El ronquido de los motores de los transportes se escuchaba con claridad ahora. Alzó la vista y aún pudo ver la silueta del otro avión, que lanzaba su carga humana. El paracaídas del mayor le guiaba en la noche oscura. Atrajo hacia sí los tirantes para «descolgarse» un poco a la derecha, dirección en la que se alejaba la mancha blanca.

Apenas había llevado a cabo esta operación cuando creyó descubrir en tierra signos de vegetación. El hecho de que el paracaídas de Higgins se detuviera le dio la certeza de que llegaba al término de su viaje. Terció la metralleta y se preparo para la caída. De súbito cesó la tensión de los tirantes y se vio precipitado. Rodó algunos metros envuelto en la seda y al cabo, tras no pocos esfuerzos, logró desembarazarse de las correas. Una fuerte brisa le obligó a batallar con el paracaídas. Una gruesa piedra le ayudó a inmovilizarlo. Tardó poco en reunirse con el mayor Higgins.

Diez minutos más tarde los cuarenta hombres que iban a intervenir en el comando avanzaban hacia su objetivo.

El sargento Ralph Temple avanzaba en vanguardia, atento al peligro. Pese a esto, no podía dejar de pensar en aquella misión. Siempre que interviniera en una acción sabia cada hombre, como se verificaría la retirada. En esta ocasión era diferente. Se les había dicho que, finalizada la misión, serian auxiliados por agentes secretos que los ocultarían, facilitando su regreso hasta la base de partida. Pero a Temple no le parecía muy claro aquello. Ni siquiera se les había dicho donde estaban. Tal vez únicamente el mayor supiera algo, pero no había hablado; se limitó tan solo a indicar dónde estaba enclavado el objetivo y cuál era su naturaleza, ha consigna era atacar aquel campo experimental, reducir a su guarnición y, una vez conseguido esto, proceder a su total destrucción, procurando lograr cuanta

documentación fuera posible.

De pronto los pensamientos de Temple se vieron rotos. La orden queda de: « ¡Alto!» recorrió la vanguardia de los comandos. Higgins requirió la presencia de Temple junto a él.

—Ahí tenemos a un centinela — le dijo—. Elimínenlo.

Temple llevó consigo a un «ranger». A corta distancia descubrieron la silueta del centinela. El «ranger» se desplazó hacia la derecha, mientras Temple proseguía su avance más lentamente, dando tiempo a que el otro se situara tras el centinela. Transcurrido un tiempo prudencial, Temple tomó una piedra de regular tamaño, que arrojó hacia el centinela. Éste captó el ruido y pareció prestar atención. El comando volvió a repetir la operación y el centinela, ya convencido de que alguien merodeaba, se ocultó tras un árbol. Indudablemente buscaba al intruso. Temple esperó, bien oculto por unos matojos. Detrás del centinela se descubrían las luces de las instalaciones enemigas. Gracias a ellas pudo descubrir que el otro «ranger» estaba ya en disposición de ataque. Entonces el centinela encendió una linterna eléctrica, cuyo haz luminoso dirigió hacia el lugar en que escuchara el ruido de las piedras. De súbito la lámpara cayó violentamente de sus manos y se escuchó un golpe seco y el gemido que lanzó al ser alcanzado por el ataque del «ranger».

Los comandos avanzaron por la brecha abierta. Cuantos centinelas fueron quedando a retaguardia habían sido ya reducidos a silencio. Salvaron alambradas espinosas y otros diversos obstáculos, hasta que se hallaron dentro del campamento. Higgins ordenó el emplazamiento de dos ametralladoras ligeras en puntos estratégicos que dominaban las puertas del barracón que, sin duda, cobijaba a la tropa. Los «rangers» se fueron diseminando para dominar la situación.

Repentinamente sonó el grito de alerta de un centinela alemán. Al grito sucedieron varios disparos. En pocos instantes aquel lugar se convirtió en un avispero. De cualquier parte brotaban los soldados germanos disparando sus armas cortas automáticas. Las ametralladoras de los comandos entraron en juego para sembrar la muerte entre los alemanes.

Temple, seguido de dos de sus hombres, echó a correr en dirección a unos barracones en los que brillaba luz. Antes de llegar a ellos aparecieron cuatro soldados enemigos. Temple y sus amigos se refugiaron tras una especie de pretil circular que guarnecía la oscura sima de un gran pozo, cuyo fondo permanecía sumido en las sombras. Pronto sus armas dieron cuenta de los alemanes y pudieron proseguir

su carrera hacia las casamatas.

Temple, sin detenerse en su carrera, asestó una formidable pataca a la puerta, que se abrió violentamente. La estancia, aunque iluminada, apareció vacía. Se hallaban en el interior de un laboratorio.

Hasta sus oídos llegó el rumor de carreras. Buscó con la mirada a quienes huían y vio un portón abierto, que comunicaba con un pasadizo descendente, y que se cerraba lentamente, como accionado por un resorte mecánico.

Sin preocuparse de si sus amigos le seguían, Temple alcanzó el pasadizo en cuatro zancadas. Tuvo el tiempo justo para pasar al otro lado antes de que el portón metálico se cerrase con seco chasquido. Trató de abrirlo nuevamente desde dentro, pero no lo consiguió. Eran momentos en que había que improvisar. Decidió seguir aquel túnel en el que estaba prisionero.

Pronto llegó a una escalera que le llevó hasta una plazoleta desde la que vio cómo varios hombres vestidos con batas blancas ponían en marcha un tren de vagonetas, que no tardó en perderse por un recodo del túnel.

Había vagonetas similares a las que usaron los fugitivos, y Temple, poseído por el vértigo de la persecución, saltó a ellas. Las vagonetas eran eléctricas y su manejo no muy complicado, si bien Temple necesitó algún tiempo para comprender su modo de empleo. Logrado que lo hubo, se lanzó en persecución de los otros.

La vía descendía en espiral, a modo de escalera de caracol. Más tarde enfiló una pendiente que, poco a poco, se fue suavizando, hasta no tardar en cobrar la horizontalidad y desembocar en una grandiosa sala profusamente iluminada.

Todo era enorme dentro de aquella cueva artificial, gigantesca catacumba de más de veinte metros de altura. Había formidables grúas capaces para muchas toneladas y profusión de maquinaria destinada a usos totalmente desconocidos para el «ranger».

Al fondo había un gran proyectil en posición vertical, cuya parte superior desaparecía dentro de una colosal chimenea. Descubrió al mismo tiempo a las vagonetas que le precedieron y al grupo de hombres que corrían hacia el proyectil. Apenas tuvo tiempo para frenar su vehículo, que chocó con estrépito contra el de los fugitivos, que ya trepaban por una escalera metálica adosada al proyectil.

Salió despedido de resultas del choque, pero sin consecuencias.

Temple no tenía otra idea en su cerebro que la de dar alcance a los fugitivos, antes de que se le perdieran de vista.

Recogió la metralleta que perdiera en la caída y reanudó la persecución.

La escala por la que trepaban sus perseguidos era estrecha y no permitía lujos de velocidad, por lo que Temple llegó al pie de ella cuando el último de los hombres del laboratorio aún estaba a mitad del camino.

Temple era un atleta que hubiera trepado por una cuerda de nudos a velocidad superior a la que desarrollaba el alemán. Por esto pudo haber agarrado por los tobillos al hombre, cuando éste alcanzó fatigosamente el interior del proyectil. Pero Temple no lo hizo. En su lugar esperó a estar dentro para descolgar el arma y apuntar con ella al alemán.

— ¡Alto!—gritó.

El hombre de la bata blanca desistió de su idea de fuga y se detuvo en seco. Un chirrido llamó la atención de Temple, pero no perdió de vista a su enemigo. Con el rabillo del ojo pudo observar que el orificio por el que habían entrado comenzaba a cerrarse y era el panel, al correr sobre sus guías, el que producía aquel chirrido.

—Detenga ese mecanismo, o no respondo de mis actos — bramó el «ranger».

El alemán se encogió de hombros y bajó los brazos.

—Es demasiado tarde — respondió en pésimo inglés—. De todos modos, no podría.

— ¡Levante las manos! —volvió a ordenar Temple—. No me Importa achicharrarle aquí. No me impresiona el eco. Siga hacia donde marcharon sus amigos y no intente la menor jugarreta, porque será la última — terminó con sombría entonación.

El alemán alzó los brazos, pero no se movió. Temple avanzó hasta él y le hundió el cañón del arma en la boca del estómago. Hizo un gesto indicándole que girara sobre sí mismo.

—Lléveme hasta donde están los otros.

A los pocos pasos llegaron frente a una escalerilla de aluminio, que parecía ser la espina dorsal del proyectil. El alemán se volvió, preguntando con la mirada lo que debía hacer.

— ¡Suba!—ordenó Temple.

Siempre en pos de su enemigo, Temple ascendió por los travesaños, atento a cualquier añagaza.

Mentalmente calculó que habían transcurrido más de cinco minutos desde que penetrara en el proyectil. El ruido del mecanismo que cerraba la puerta de acceso ya no se oía, y aún no había encontrado el menor rastro del resto de los fugitivos.

Llegaron a una plataforma. El prisionero se dispuso a seguir trepando por la escalera, pero Temple se lo impidió agarrándole por un brazo, acompañando tal acto de expresivos gestos con los que quería dar a entender al alemán que se retirara. Había escuchado el rumor de voces en la plataforma inmediata superior.

Con cautela se asomó por el hueco, tratando de atisbar. Escuchó claramente algunas órdenes precipitadas, pero no supo interpretar su sentido exacto. Desde donde se hallaba no pudo ver a nadie. Su situación era bastante delicada, pues tenía a un enemigo a su espalda que entorpecía sus movimientos. Pensó que lo más conveniente sería desembarazarse momentáneamente de él.

Con esta idea retrocedió, aproximándose al nazi.

En aquel momento algo pareció estallar en el interior del proyectil. Era como un feroz, rugido, mezcla de silbido y prolongado trueno, que hizo trepidar toda la estructura del artefacto, y a los hombres con él.

El espantoso aullido penetraba en los oídos con tal fuerza que Temple creyó que algo iba a estallar en su interior.

Miró al otro como solicitando una aclaración de lo que estaba sucediendo. El alemán, con evidentes muestras de excitación, corrió hacia la pared más próxima buscando un asidero.

— ¡Procure agarrarse a algún sitio y aguante con todas sus fuerzas!—gritó el germano, mezclando palabras en inglés con otras de su propio idioma.

Este aviso quizá fuera innecesario, porque el instinto de Temple le dictaba idéntica orden.

Corrió frenéticamente hacia el panel metálico. En su carrera perdió la metralleta, pero ello no le importó. Lo realmente apremiante era escapar a aquello. Precisamente su pánico estribaba en que desconocía cuál pudiera ser la índole del peligro, o, siquiera, lo que

iba a ocurrir, como causa o efecto de aquel fragor.

Sus dedos se engarfiaron alrededor de un grueso tubo de hierro que recorría todo el panel y esperó con la sensación de que su cuerpo iba a desprenderse en pedazos.

El horrible ruido había subido de tono y era ya un alucinante silbido que amenazaba con hacer estallar los tímpanos. Hasta entonces. Temple no había experimentado otra sensación, pero ahora notó una terrible fuerza que parecía querer proyectarle el estómago hacia la laringe, provocando en él aterradoras náuseas. Creyó que el proyectil se desplazaba hacia arriba.

Una idea cruzó por su mente como un relámpago. ¿Sería posible que los alemanes, en un arrebato suicida, hubieran disparado el proyectil?

Realmente, aquello no tenía sentido. Pero Temple no pudo darse cuenta de ello. Cuando presentía ya el final, la inconsciencia vino a liberarle del horroroso suplicio. Una inefable sensación de bienestar le invadió, mientras las sombras descendían sobre él.

El prodigioso ruido pudo oírse en todo el campamento. Los comandos americanos, dueños ya de la situación, se sorprendieron por el tremendo fragor. Casi inmediatamente pudieron ver el fantástico fogonazo que brotó del gigantesco pozo que se abría al norte del campamento.

El enorme proyectil quizá no fue visto por nadie, pero todas las miradas siguieron con asombro la estela de fuego que dejó tras de sí al elevarse en busca de las estrellas.

* * *

Ralph Temple despertó lentamente, pero con plena consciencia de que regresaba a la vida. Tenía el cerebro y el sentido del oído invadidos aún por el brutal silbido. Tenía dificultad en mover los párpados y trató de recordar lo que le había sucedido. Repentinamente acudió a él la sensación de angustia que precediera al desvanecimiento. Entonces necesitó abrir los ojos. Parpadeó muchas veces antes de lograr su intento. Recordó vagamente que en el lugar en que se desvaneciera la luz no era tan intensa como allí.

Cuando al fin pudo ver con claridad, varios rostros se inclinaban

sobre él. No reconoció a nadie, pero supuso que eran los alemanes a quienes perseguía. No, no podían ser ellos. Sin duda estaba en una clínica. Tal vea él era el superviviente de la catástrofe que provocaron les alemanes. Aquellos hombres vestían largas batas blancas. Esta explicación era la más plausible; sin duda, estaba hospitalizado.

Le resultaba penoso moverse.

— ¿Dónde estoy? — preguntó, para convencerse de que su razonamiento había sido exacto.

Pero no necesito respuesta. Había vuelto la cabeza hacía la derecha y descubierto, tendido sobre una mesa, al alemán que hiciera prisionero cuando asaltó el proyectil.

Cerró los ojos nuevamente. Aquello era absurdo. Aunque tal vez… Sí, debía de ser eso. También aquél se había salvado. Pero esta nueva idea no parecía tener fuerza. Se incorporó en su litera y miró a los que le rodeaban y luego a los objetos que había en torno a ellos.

Aquel tugar en que se hallaban no tenía el menor parecido con un hospital o sanatorio, podía asegurar que se hallaba aún en el proyectil.

Realizó un movimiento brusco y se vio proyectado hacia arriba. Algunas manos le sujetaron, devolviéndote al lecho.

Temple se palpó la cabeza. No podía comprender aquello. De pronto reparo en que había un hombre colgado del techo, con sus plantas apoyadas en él, desafiando la ley de la gravedad. Otro, en idéntica posición, permanecía ingrávido, perpendicular a una pared lateral. Todos aquellos hombres le miraban.

Temple, presa de grave excitación nerviosa, apretó sus sienes con ambas manos y profirió un espeluznante grito.

Nuevamente hubo que sujetarlo para impedir que se estrellara contra el techo.

— ¡Estoy loco!—gemía—. ¡Estoy loco!

Alguien próximo a él chapurreó en inglés:

—Cálmese. No está loco como supone.

— ¿Como puede ser que no esté loco? — gritó Temple —. ¡Veo hombres colgados por todas partes, como si fueran murciélagos! — terminó el «ranger», con histérico lloriqueo.

—Comprendo su estado — volvió a decir la misma voz de ames —. Bastará para que lo comprenda que le explique que nos hallamos en un lugar en el que no existe gravedad. Al menos en forma apreciable.

Temple pareció sosegarse un tanto al escuchar estas palabras. Tal reacción de sensatez se debió al comprobar que le era posible razonar, al comprender el significado de lo que se le decía y poder relacionarlo lógicamente con el inesperado espectáculo de los hombres posados sobre las paredes.

Se sentó con sumo cuidado sobre la litera, sabedor de que cualquier movimiento brusco podría ocasionar su desplazamiento.

— ¿Dónde estamos? — preguntó ya sereno.

—En el interior de un proyectil.

—Eso ya lo presumía—respondió Temple—. Pero no es ése el significado de mi pregunta. Quiero saber hacia dónde volamos o cuál es nuestro objetivo.

Hubo una pausa durante la cual los alemanes se miraron entre sí.

—Desgraciadamente — había desencanto en el tono de voz del alemán—, ya no tenemos objetivo. Jamás podremos llegar hasta él.

Temple observó fijamente a su interlocutor. Era un hombre de elevada estatura, representando alrededor de cincuenta años de edad, de ojos azules y limpia mirada. Tenía la cabeza rapada totalmente, y Temple hubo de reconocer que no era cuadrada. Su aspecto resultaba agradable.

—Pero ¿cuál era? — preguntó el norteamericano.

—La Luna.

Temple volvió a mirar a los hombres que caminaban indiferentemente por el techo o las paredes laterales. El alemán sonrió tristemente.

—Ahora cree que los locos somos nosotros, ¿no es eso?

Temple no respondió.

—No, no lo estamos — volvió a decir el otro—. En este proyectil en que ahora viajamos pensábamos llegar hasta la Luna. Todo estaba

calculado para que así fuera, mas la realidad ha sido bien diferente a lo previsto; apenas hemos llegado a recorrer una insignificante distancia,

—Entonces, ahora...

—Estamos girando alrededor de la Tierra, como un nuevo satélite que, indefectiblemente, habrá de regresar a ella, después de describir una gigantesca espiral.

—Eso equivale a que nos estrellaremos de nuevo contra nuestro planeta.

—Así es. Ignoro el tiempo que transcurrirá antes de eso, así como si hay probabilidades de que podamos evitar la catástrofe.

—Debe de existir un medio de evitarla — arguyó Temple, esperanzado—. Si el propósito de ustedes era llegar hasta la Luna, es lógico suponer que tendrán resuelto el problema del aterrizaje. Del mismo modo podemos posarnos sobre la tierra.

—Ésa es nuestra última esperanza, pero no tengo gran confianza. Del mismo modo que fallaron nuestros cálculos sobre el viaje, es de esperar que suceda lo mismo en cuanto al aterrizaje.

—Es un poco duro admitir que nuestro fin está tan próximo, y que no podemos hacer nada por evitarlo—suspiro Temple.

—Lucharemos con todos los medios a nuestro alcance.

—Me maravilla su presencia de ánimo. Si puedo hacer algo más que estorbar, cuenten conmigo. Mi nombre es Ralph, Ralph Temple.

—El mío. Hans Von Heine. Éstos, Schultz, Siegen, Faust, Hatlonner, Henskel — fue señalando a cada uno—. Todos científicos al servicio del Reich. El que permanece tendido es Herman Steinck. Sin duda recibió un fuerte golpe en la cabeza durante el despegue. Presenta numerosas contusiones en el cráneo. No creo que tarde en volver en sí, o quizá no llegue a enterarse nunca de lo que va a suceder.

—No podemos saber el tiempo que permaneceremos dando vueltas a la Tierra, ¿no es así?

—Sí. Nuestro viaje alrededor de ella puede durar lo mismo unas horas que varias semanas. Mas, eso no importa.

Temple descendió del lecho con grandes cuidados. Era agradable

la sensación de estar desprovisto de peso. Con curiosidad de profano examinó el gran número de complicados mecanismos que le rodeaban.

— ¿No existe el modo de ver el exterior? — preguntó.

Von Heine asintió con un gesto y se desplazó hacia el panel, sobre el que apretó un resorte. La pared metálica se corrió a un lado y en su lugar apareció una claraboya de cristal. Era de forma circular y de un diámetro como de diez pies.

A través de ella pudo ver Temple el cielo estrellado y en su inmensidad la Luna, cuya intensa luz parecía hacerle guiños. Deseó ver la Tierra y Von Heine le llevó hasta otra claraboya. Desde donde se hallaban, el Planeta no era otra cosa que un colosal casquete esférico débilmente iluminado por la luz lunar y cuya totalidad era imposible abarcar con la vista, por su grandiosidad.

Satisfecha su curiosidad, Temple pidió:

—Puesto que ya no es posible el viaje, ¿puede revelarme cuál era el objeto de este viaje? Tengo verdadera curiosidad. Ni siquiera sé en qué lugar realizamos el ataque.

Von Heine pareció vacilar. Sus compañeros estaban enfrascados en delicados trabajos ante los complicados tableros de innumerables indicadores y Herman Steinck continuaba desvanecido.

—No se me oculta — dijo al fin — que nuestra causa está perdida. Al menos en lo que afecta a este ambicioso proyecto del Führer. Fracasado este intento, ya no hay posibilidades de poder comenzar de nuevo. Ustedes los aliados tienen ya conocimiento del alto grado de perfección a que ha llegado nuestra aeronáutica. Especialmente en proyectiles dirigidos. Las V-1 y V-2 no son sino los balbuceos de una nueva técnica aeronáutica.

»Los prodigiosos adelantos conseguidos movieron a Hitler a llevar a cabo una ambiciosa empresa. Creíamos estar en condiciones de poder llegar hasta la Luna. Imagine cuál habría sido el resultado de la guerra, si podíamos llegar hasta ella y desde allí bombardear impunemente a nuestros enemigos con poderosas armas secretas cuyo poder destructivo aterrará a la humanidad.

»Únicamente es necesario que el Führer pueda mantener todos los frentes y dar tiempo a sus hombres de ciencia. Conseguido esto, nuestro triunfo será rotundo. Este fracasado proyecto de llegar hasta la Luna resumía todas las ambiciones del III Reich pero, de todos modos, quedan todavía muchos recursos.

»Creo haber satisfecho su curiosidad… Ése era el objeto de nuestro viaje. La inesperada presencia de ustedes en nuestro campamento experimental nos determinó a precipitar el viaje. Creíamos que nuestras actividades permanecían en secreto y el súbito ataque de ustedes nos ha desconcertado. No era el momento propicio para el despegue, pero no podíamos consentir que destruyeran el fruto de tantos meses de trabajo. Era preferible intentarlo antes de que todo fuera destruido. En estas condiciones no es extraño que el viaje haya resultado un fracaso. Si el mando aliado hubiese demorado el ataque de esta noche hasta un mes más tarde, creo que habríamos logrado nuestro propósito.

Von Heine dejó de hablar.

—Paradójicamente — dijo Temple — debiera alegrarme de este fracaso. Quisiera sentirme héroe, pero no puedo. Y en estos momentos, todos lo somos, aunque por distintas causas.

CAPÍTULO IV



ON gran angustia transcurrieron las horas. El proyectil alemán continuaba girando alrededor de la Tierra.

Von Heine, secundado por sus hombres, hacía complicados cálculos acerca de la posibilidad de llegar indemnes hasta la corteza del Planeta. Pero, a medida que su trabajo avanzaba y las fórmulas daban resultados concretos, su rostro se ensombrecía.

Temple, en la imposibilidad de ser útil, recorrió gran parte del cohete, hasta donde le fue posible. Después, aburrido de flotar, regresó a la cabina en que trabajaban los científicos alemanes.

Von Heine parecía abatido. Al verle llegar se dirigió a él.

—No quiero ocultarle cuál es nuestra verdadera situación —dijo —. Es más que probable que no lleguemos vivos a la Tierra. Nuestro fin será más terrible. Cuando se produzca la colisión, si llega a haberla, nuestros cuerpos estarán carbonizados y por lo tanto ya no la sentiremos.

Temple notó un latigazo de frío a lo largo de la espalda.

— ¿Ha llegado a esa conclusión después de su trabajo? —preguntó.

—Sí. El peligro radica precisamente en nuestra terrible velocidad. Recuerde que estamos girando en torno a la Tierra y nuestra marcha es muchas veces superior a la de ella. Debido a esto, el proyectil se verá sometido a una horrorosa fricción desde el momento en que penetremos en la atmósfera. El problema del calentamiento por fricción estaba previsto en el caso de llegar de nuevo a la Tierra, de regreso de la Luna, pero entonces la caída seria casi vertical, lo cual haría mucho más breve la frotación con las capas del aire, sin contar conque en nuestra caída sólo contaría la aceleración de la gravedad. Ahora será distinto y nuestro equipo de refrigeración incapaz para contrarrestar el formidable calor producido por una más larga fricción con las capas de aire de la atmósfera, pues llegaremos hasta la Tierra después de una prolongada espiral.

— ¿Y no cabe la posibilidad de que sus cálculos no sean del todo exactos?

—Jamás había deseado más equivocarme. Pero mis colegas confirman mis sospechas.

Temple no podía explicarse si aquello que estaba experimentando era miedo. Sentía la imperiosa necesidad de acción, como si el conocimiento de su próximo fin fe impulsara a agitarse. A esta primera impresión sucedió otra de sosiego, a modo de filosófica resignación.

Fue hasta la claraboya y descorrió el panel. Era bella aquella visión. Las incontables estrellas le recordaban otras noches de un pasado más halagüeño. Pero aquella aparente tranquilidad duró poco. Pronto se vio invadido por la desesperación. Era terrible esperar a la muerte con la certeza de no poder hacerle frente, a pesar del arrollador empuje de su juventud.

Su ardiente frente se recostó contra el cristal y lágrimas de impotencia rodaron por sus mejillas. De pronto quedó envarado.

¿Era lo que sus ojos estaban contemplando una alucinante visión de locura, ahora, real?

Restregó sus ojos para convencerse de que lo que veía era cierto. No, no cabía la menor duda. A distancia imposible de precisar, algo parecido a un gigantesco cangrejo volaba en sentido paralelo al del proyectil. Hasta creyó descubrir dos relucientes ojos, que más tarde fueron cuatro y hasta ocho.

Súbitamente cambió de dirección, elevándose, pero siempre en dirección al proyectil. Temple contemplaba fascinado y en silencio. A medida que transcurría el tiempo pudo darse cuenta de que aquello era un artefacto mecánico, algo similar al vehículo en que ellos viajaban, aunque de diferente forma y tamaño, y lo que tomara por ojos no eran sino escotillas circulares por las que escapaba la luz que brotaba del interior.

— ¡Von Heine! —gritó.

El alemán, alarmado, llegó prontamente hasta él.

— ¿Qué sucede?

Temple le tomó por un brazo, obligándole a mirar por la claraboya.

—Dígame si ve lo mismo que yo.

Heine buscó en la oscuridad y descubrió bien pronto lo que Temple indicaba.

— ¡Santo Cielo!—pudo exclamar.

El resto de la tripulación se agrupó frente a la claraboya. Diversas exclamaciones brotaron de sus gargantas.

— ¿Qué puede decirme de eso? — preguntó Temple.

Heine, demasiado perplejo, le miró como idiotizado, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

— ¿Qué puedo decir, si sé tanto como usted? De lo que no hay duda es de qué se trata de una astronave. Parece que intenta aproximarse a nosotros con algún fin determinado. Es maravilloso. Sus ocupantes la manejan con gran habilidad.

La misteriosa astronave continuaba aproximándose al proyectil, situándose por encima de él. Llegó un momento en que resultaba

difícil contemplarla, dado que estaba en la parte superior.

De la desconocida máquina brotó un brazo telescópico que avanzó hacia el proyectil. Desapareció de la vista y momentos después, Temple y los otros experimentaron la sacudida de su propio vehículo. Sin duda aquel brazo que enviaban desde la astronave había llegado a su objetivo.

Aquella situación no varió hasta pasada una hora. Von Heine, extrañado por la maniobra, se dirigió hacia el cuadro de mandos.

¡Reparen en esto!—gritó—. Nos hemos alejado de la Tierra considerablemente. ¡Esa astronave nos arrastra con ella!

La expectación por lo que sucedía fuera creció. Todos corrieron hacia la claraboya. Transcurrió mucho tiempo antes de que nada sucediera.

De pronto algo pareció flotar en el espacio. Era un ser humano vestido con un complicado traje contra el vacío. Todos vieron perfectamente cómo se desplazaba impulsado por algo semejante a un pequeño cohete sujeto a su espalda. Igualmente, que iba sujeto a una especie de grueso bramante de color blanco, cuyo fin debía estar en la astronave.

Otros se movían junto a él. Había hasta más de doce.

— ¿Qué se propondrán? — preguntó Temple.

—Es difícil decirlo — respondió Von Heine—. Pero no es aventurado presumir que quieren llegar hasta nosotros. Esperemos hasta tener la respuesta.

La atención volvió a centrarse en aquellos seres humanos, cuyas características era imposible adivinar debido al complicado traje que vestían. De todos modos, se advertía que eran de corta talla y quizá rechonchos. La escafandra esférica poseía una mirilla circular, pero la distancia hacía imposible que se les viera el rostro.

Mas, de pronto uno de aquellos seres se detuvo frente a la claraboya y miró con insistencia a quienes se hallaban en el interior. Temple pudo ver unos ojos saltones en un rostro de pequeña nariz y boca grande. Era cuanto podía apreciarse del rostro Desapareció casi con tanta rapidez como había aparecido.

Los terrestres se miraren entre sí, pero no hubo palabras.

Aún transcurrieron varios minutos antes de que otro de aquellos

seres asomara ante la claraboya.

Este nuevo recién llegado miró profundamente a todos. Su fría mirada se detuvo en Von Heine y luego resbaló hasta Temple, quien no pudo evitar un escalofrío al recibir aquella penetrante mirada. Mirada que fue haciéndose más intensa a medida que transcurrían los segundos. Temple quiso desviar la vista de aquellas ascuas vivas que parecían querer taladrar su cerebro, llegando a producirle dolor físico.

De súbito Temple quedó lívido.

— ¡Me transmite órdenes a través de su mirada! — musitó con desfallecimiento.

Los alemanes se miraron entre sí totalmente asombrados.

— ¿Qué quieren? — preguntó Von Heine.

—Que pasemos a su astronave. Pregunta si poseemos trajes protectores contra el vacío.

—Sí que los tenemos. ¿Cree que podrá dárselo a entender?

—Supongo que sí. Él sabrá recoger la respuesta — respondió Temple.

Hablaba de un modo extraño, como ausente.

Temple hizo lo que creyó conveniente para que el otro interpretara el mensaje. Al mismo tiempo hizo gestos de asentimiento con la cabeza.

Poco después le llegaba otra comunicación.

—Nos indica que vistamos los trajes y salgamos al exterior. Van a llevarnos a su astronave.

Hubo una especie de revuelo entre los alemanes, algunos de los cuales no parecían muy dispuestos.

— ¿Qué podemos perder con obedecerles? — sugirió Von Heine —. Nos han salvado de una muerte espantosa y estamos por completo a merced de ellos. Aunque quisiéramos, no podríamos desobedecer. Y no parecen dispuestos a hacernos daño.

El razonamiento de Von Heine estaba lleno de lógica y nadie tuvo nada que objetar. Steinck, ya recuperado de su accidente, apoyó las razones de Von Heine y prontamente fueron dispuestos los trajes.

Tal labor obligó a emplear más de media hora incluido el tiempo que hubo de Invertir en aleccionar a Temple sobre su uso.

Al fin la comitiva de grotesca apariencia descendió hasta el lugar en que se hallaba la esclusa, que no era otra que aquella por la que Temple trepó al proyectil. Hubo un conciliábulo antes de abandonar el cohete. Existía un contratiempo. No sabían si podrían volver al proyectil y decidieron tomar de él alimentos concentrados para el caso de que sus salvadores no estuviesen bien avituallados.

Temple recogió su metralleta, llevado de su espíritu previsor. Al fin, provistos de zapatos especiales con ventosas para no «escapar» al vacío y ajustadas las escafandras, cerraron la primera puerta de la esclusa. Inmediatamente hicieron funcionar los «calefactores individuales y Von Heine pulsó el resorte que comunicaba al proyectil con el exterior. Por el orificio abierto contemplaren el espacio tachonado de estrellas. Casi al instante vieron a uno de aquellos seres que, como arañas humanas, pendían de sus hilos blancos.

Todos estuvieron bien pronto fuera. Faltos por completo de gravedad, y con ayuda de los zapatos-ventosa, era sencillo andar sobre el casco del proyectil. Mas, a pesar de ello, la primera impresión que experimentó Temple fue de franco terror. Él, como sus compañeros, se aferraban con verdadera ansiedad a cualquier saliente de la, desgraciadamente, pulida superficie del proyectil. En cambio, los de la astronave desconocida evolucionaban con una rapidez y seguridad pasmosa. Poco a poco fueron perdiendo el miedo a «caer».

A poco fueron rodeados por las arañas humanas. Temple se halló de improviso ante aquel que le transmitiera las órdenes telepáticamente. Otro mensaje estaba cruzando el vacío con destino a su cerebro.

—Les vamos a transportar a nuestra nave. Déjense llevar — era la orden.

Temple encontró serias dificultades para transmitirla a los suyos, pero al cabo de varias tentativas los otros parecieron comprender.

Contribuyó grandemente a ello que aquel ser rechoncho que se comunicaba con él le izara suavemente, alejándose con su carga hacia su astronave, que parecía formar un sola pieza con el proyectil alemán, inmóviles ambos en el centro del cielo estrellado.

Durante la para él escalofriante ascensión, Temple no pudo vencer la curiosidad de buscar con la mirada a la Tierra. La halló más lejana de lo que supuso en un principio; pensó que le bastaría

extender la mano abierta ante sus ojos para no poder verla. Él no era un entendido en astronomía, ni tenía el menor conocimiento de balística o cualquier rudimentario conocimiento sobre proyectiles dirigidos que le explicase cómo habían recorrido tan enorme distancia en tan corto espacio de tiempo.

Luego miró en dirección al proyectil. Von Heine y los suyos eran izados mediante el mismo sistema empleado con él. Aquellos hombrecillos les agarraban por el cinturón, llevándoles tras de sí. De haber existido allí la gravedad, aquella postura hubiera resultado notoriamente molesta. Sin embargo, resultaba inesperadamente cómodo dadas las circunstancias.

La maniobra fue mucho más breve de lo que Temple imaginara. Penetraron en la gigantesca nave por un amplio escotillón en el que penetraban también los bramantes blancos que sujetaban a los hombrecillos. El que le conducía a él le depositó sobre piso firme. Acto seguido se despojó del bramante y le indicó que le siguiera.

Temple caminó tras él un corto trecho hasta detenerse en una amplia plataforma. Apenas unos minutos más tarde llegaron los otros. Un panel corredizo se cerró tras ellos. Inmediatamente brotó un runruneo mecánico de algún lugar oculto y la plataforma ascendió con suavidad.

Se elevaban por el interior de un túnel circular de brillante metal pulimentado. Al fin terminó el breve viaje. La plataforma se había detenido ante un corredor iluminado con prelusión. Los viajeros del proyectil abordado fueron invitados a avanzar por él. El corredor les llevó a una estancia circular en cuyas paredes se abrían varias puertas. Allí se detuvieron los hombrecillos y se despojaron de las escafandras y los trajes espaciales. Temple y sus compañeros les Imitaron sin dejar de mirar con curiosidad a sus captores o salvadores, según quisiera tomarse.

Eran rechonchos como Temple supusiera desde el primer momento. Su corta talla contribuía a darles grotesco aspecto. Después de contemplar aquellos rostros, el terror sobrecogió a los prisioneros. En ningún lugar de la Tierra había seres como aquéllos.

— ¡Son habitantes de otro planeta!—exclamó Von Heine.

Aunque era lógico que lo supusieran desde el primer momento, nadie pensó que sus captores no fueron terrestres como ellos. La contemplación les llenó de espanto e hizo que todos se agruparan como buscando en los otros la confianza y el valor.

Los dueños de la astronave eran muy similares a los terrestres, no existiendo aparente diferencia más que en el rostro, que carecía de orejas, estando éstas sustituidas por dos pieles flácidas, colgantes y casi translúcidas. Los ojos, saltones, casi circulares y provistos de abundantes y largas pestañas que protegían una pupilas de extraordinario color violeta. La nariz resultaba apenas apreciable, dándoles aspecto de simio, semejanza que se acentuaba con la posesión de amplia boca de carnosos labios. Mas, en conjunto, todos estos detalles les hacían totalmente diferentes a los terrestres en su aspecto exterior.

El hombrecillo de los mensajes telepáticos sonrió. Al hacerlo distendió su gran boca, lo que le dio un aspecto afable.

—Comprendo cuál pueda ser su terror, pero les advierto qué nada deben temer — dijo.

Temple no pudo evitar un grito de asombro.

— ¿Habla nuestro idioma? — preguntó.

—Le parecerá extraño, pero no he hablado sino el mío.

—No es posible. Le he comprendido perfectamente.

—Únicamente puede decir que ha captado el sentido de mis palabras y ha experimentado la sensación irreal de que me expresaba con palabras comprensibles para usted. Esa misma ilusión la experimentarán quienes me miren a los ojos, de igual modo que yo le comprendo a usted, siempre que pueda mirar a los suyos.

Temple miró a Von Heine.

— ¿Comprende usted esto? — preguntó.

—Es asombroso. Estos seres tienen conocimientos psíquicos que nosotros no podemos llegar a sospechar.

Entonces pudo convencerse Temple por sí mismo de que las palabras del hombrecillo eran ciertas. Hasta él llegó su voz, incomprensibles las palabras semejantes a un chirrido.

El «rangers» le miró a los ojos.

— ¿Sorprendido? — preguntó el desconcertante ser.

—Nuestra sorpresa no tiene límites. Tanto, que quisiéramos saber qué es lo que se proponen hacer con nosotros.

—Eso no es sorpresa, sino inquietud — respondió el otro —. No teman. Deseamos ser sus amigos. Vamos, les explicaré muchas cosas.

Antes de abandonar aquella pieza, los terrestres tuvieron ocasión de ver algo realmente curioso. Dos hombrecillos se habían hecho cargo de los trajes especiales para el vacio, tanto de los propios, como de los de los viajeros de la Tierra. Uno de aquellos seres oprimió un resorte e inmediatamente multitud de chispas brotaron de algún lado hasta formar una banda azulada desprovista de consistencia en apariencia. Sobre aquella banda fueron depositados los trajes, que comenzaron a deslizarse suavemente hacia un hueco por el que iban desapareciendo, tragados por él.

Cruzaron por el interior de la astronave, cuya capacidad interior tenía asombrados a los hombres de ciencia alemanes. El propio Temple estaba maravillado con lo que veía. En su marcha descubrieren a muchos hombrecillos de ojos redondos, que les estaban contemplando con gran curiosidad, mirando siempre con la irritante fijeza que les era característica.

Al fin, el que les conducía se detuvo en una estancia octogonal que iluminó brillantemente. En el centro del cuarto había un mueble de forma cúbica, cuya sustancia era muy parecida al plástico. Vagamente recordaba a una mesa y sobre ella podía verse un diminuto tablero con botones de diferentes colores.

El hombrecillo se llegó hasta la mesa y oprimió uno de aquellos resortes. Después de haberlo hecho buscó la mirada de Temple.

—Explique a sus amigos que existe un campo magnético a lo largo de todo el perímetro de esta estancia. Pueden sentarse del mismo modo que yo lo haré.

Y ante el asombro de Temple y los alemanes, el hombrecillo se fue hacia una pared y quedó sentado, al parecer, en el aire. El «ranger» le imitó, teniendo la precaución de dejarse caer poco a poco, porque desde que pisara la astronave había comprobado que, incomprensiblemente, existía la gravedad en ella.

Apenas se halló cómodamente sentado sobre aquel campo magnético, tan confortable como el más cómodo sillón, Temple hizo firme propósito de no asombrarse ya ante nada. Todo parecía ser posible para aquella gente.

Sus amigos demostraban gran sorpresa. El americano miró sonriente al hombrecillo. Éste le devolvió la sonrisa y le comunicó a través del pensamiento:

—Voy a explicarles muchas cosas que es necesario que sepan. En primer lugar diga a sus amigos que me miren a los ojos; como le dije antes, pueden comprender mis palabras. Espero aprender su idioma antes de pocos días. Afortunadamente, el escaso desarrollo mental de ustedes no es obstáculo para que podamos entendernos.

Pero la orden fue innecesaria.

—Todos los terrestres le miraban con atención.

—Comenzaré por decirles cómo me llamo. No es agradable descubrir en sus cerebros siempre la idea; *Hombrecillo* cada vez que tienen que referirse a mí.

»Mi nombre es Gor. Soy el comandante de esta astronave e hijo de Gomba, rey de Kartos. Kartos es nuestro planeta. Les explicaré por qué dimos con ustedes.

»Constantemente, una de nuestras, astronaves monta una guardia alrededor del planeta que hace unas horas abandonamos con el fin de evitar sorpresas. Comienzan a tener ustedes una civilización que puede llegar a suponer un peligro para nosotros, sus inmediatos vecinos. No sé cómo llaman ustedes a nuestro mundo, pero trataré de averiguarlo.

Se puso en pie y salió de la estancia, no tardando en regresar cargado con un pequeño aparato parecido a un proyector cinematográfico, que depositó sobre la mesa. De una carpeta extrajo el inconfundible «cliché» de una diapositiva. Algo más tarde, apagada la luz, el proyector lanzaba sobre la pared una curiosa fotografía astral hábilmente combinada, y que mostraba a todos los planetas en fotografías males, pero colocados arbitrariamente indicando su proximidad al Sol.

Se hizo nuevamente la luz. Gor dijo:

—Creo que ustedes han reconocido estas fotografías. Hace unos minutos supe que su planeta se llama Tierra. Ahora les señalaré cuál es Kartos.

La proyección resaltó en la obscuridad. Gor llegó hasta la pantalla y señaló con el dedo.

—¡¡Venus!!—exclamó Von Heine—. ¿Cómo es posible? Nosotros dimos por sentado que la vida en ese planeta era imposible, al igual que en Mercurio, su proximidad al Sol.

— ¿Está seguro de que el planeta señalado por Gor es Venus? —

preguntó Temple.

— ¡Por favor, Temple! —exclamó Heine—. Cualquier aficionado a la Astronomía podría reconocerlo. Mis colegas pueden corroborar mis palabras.

Gor miraba fijamente a los terrestres. Temple se volvió hacia él.

—Hemos identificado vuestro mundo, Gor, Nosotros le damos el nombre de Venus.

— ¿Venus? ¡Qué nombre tan raro! Aunque tal vez me compense decir que nosotros conocemos a vuestro planeta por Craya.

—Sigue explicando, Gor.

—Bien. La causa de que localizáramos vuestra astronave se debe a un hecho fortuito. Nuestras astronaves necesitan avituallarse en ocasiones durante su viaje. Otra astronave parte de Venus y a la mitad exacta de la distancia entre el planeta y la astronave que se ha de avituallar dispara un proyectil que la otra nave ha de recoger en vuelo. Uno de esos proyectiles de avituallamiento escapó a nuestro control ya próximo a nosotros por causas que no hacen al caso. La presencia de vuestra astronave nos indujo a creer que lo habíamos localizado de nuevo. Pronto pudimos darnos cuenta del error e intentamos desaparecer, pero la extraña trayectoria del proyectil terrestre nos asombró. Era evidente que giraba alrededor del Planeta, prisionero de él y condenado a la destrucción. En tal circunstancia, no consideré un acto de piratería apoderarme de la espacionave. A tal determinación me llevó la certeza de la existencia de seres vivos en el interior. Y esto es todo.

—Lo es en cuanto a tu relato, pero aún queda algo que aclarar... — empezó a decir Temple.

—No es preciso que digas más — cortó Gor—. Leo perfectamente en tu pensamiento. Sé que quieres preguntarme cuál es vuestro destino. Nos dirigimos a Venus, como vosotros le llamáis, pero desechad todo temor. No abrigamos ninguna intención hostil. Yo garantizo vuestra seguridad. Es mi deber llevaros hasta mi mundo; de todos modos, no podría devolveros a la Tierra ahora, aunque quisiera.

CAPÍTULO V



L cabo de treinta días de viaje en la espacionave venusiana ninguno de los terrestres habría relacionado su situación con la idea de cautiverio. Von Heine y sus compatriotas habían hecho más descubrimientos en aquel lapso de tiempo que hubieran logrado en toda su vida, allá en la Tierra. Todos ellos se mostraban encantados del viaje y llegaron a olvidar el verdadero objetivo que en un principio dio carácter al mismo.

Temple, poco aficionado a la mecánica y sin suficientes elementos para poder discernir, estrechó el lazo de simpatía que parecía unirle con el venusiano. Casi la totalidad de la jornada la invertía en conversar con él de múltiples temas. Poseía ya tal cantidad de datos de Venus, que cualquier astrónomo terrestre habría dado de su vida más años de les que podía vivir por poseer tales conocimientos. Al «ranger» no le producía mayor impresión que la que

se recibe al escuchar un relato fantástico.

Gor hacía notables progresos en el conocimiento del inglés, pues ya no era difícil para él mantener una conversación corta, debido a su prodigiosa facultad retentiva. Era bien patente que relacionaba vertiginosamente las ideas con los sonidos, que ya no olvidaba.

En otras circunstancias aquel viaje hubiera resultado tedioso. La astronave de Venus llevaba ya navegando en el Cosmos por espacio de setenta y cinco días terrestres. Desde ella era ya posible ver al Planeta de un tamaño superior al que tiene la Luna vista desde la Tierra.

Gor anunció que la arribada a Venus era inminente. Fijó cinco días como plazo. A Von Heine le maravilló tal noticia, pues estimaba la distancia era aún enorme. Mas, Gor afirmó que estaban aumentando la velocidad gradualmente. Efectivamente, cuatro días más tarde los terrestres contemplaban el Planeta a tan escasa distancia que producía la ilusión óptica de poder distinguir sobre su superficie los detalles más nimios.

Venus se mostraba envuelto en espesas nubes de color rojizo tornasolado. A intervalos se podían apreciar manchas amarillas o azuladas.

La astronave de Gor giraba en torno a él como un satélite artificial. Los venusianos demostraron a partir de entonces gran actividad.

Y aunque los terrestres gozaban de la libertad de acceso a todas las dependencias, Gor aconsejó a Temple que permanecieran reunidos en cualquier lugar que no entorpeciera la labor de sus hombres.

Obedientes a esta consigna permanecían charlando entre sí, cuando escucharon una terrible explosión.

— ¿Qué pudo haber sido? — preguntó Von Heine.

—Imposible saberlo — respondió Steinck.

Temple corrió hasta la puerta y se asomó al pasillo. Un venusiano pasó corriendo, balanceándose grotescamente sobre sus cortas extremidades. Temple le siguió per el corredor, pero el hombrecillo cerró una puerta tras de sí y cortó con ello el avance del americano. Temple regresó sobre sus pasos hasta donde se hallaban sus amigos. Reinaba entre ellos gran excitación.

— ¿Ha averiguado algo?

El «ranger» dejó sin respuesta la pregunta de Von Heine. Llegó hasta una escotilla rectangular y accionó el dispositivo que replegaba la persiana protectora. No pudo ver más que nubes. Pero por contraste advirtió que descendían vertiginosamente.

Un nuevo estallido hizo estremecer a la astronave y varios científicos rodaron por el suelo. Temple pudo sujetarse a tiempo y evitó perder el equilibrio y esto le permitió ver lo que sucedió luego. A través del mirador frente al que se hallaban, acertó a ver pasar una liviana aeronave que se alejaba con rapidez hasta perderse entre las nubes.

Súbitamente la visión fue perfecta; el compacto macizo nuboso quedó atrás. Instintivamente, Temple miró hacia abajo. No pudo evitar un escalofrío al advertir lo próximos que estaban de la superficie de Venus. Por debajo de ellos se extendía una amplia zona helada. Pero prontamente su atención se volvió a centrar en la presencia de la pequeña aeronave de antes.

Ésta describía una trayectoria curva muy abierta, con el claro propósito de dirigirse de nuevo hacia la gran astronave.

Los alemanes se habían reunido en torno a Temple y también advirtieron la maniobra del pequeño cohete.

—Creo que ésa es la causa de las explosiones que escuchamos antes —explicó el norteamericano —. Me temo que nos estén atacando.

Como respuesta a sus palabras, de la aeronave brotó un fogonazo amarillo. Un estallido Idéntico a los dos anteriores conmovió a la astronave de Gor. Pero esta vez el ataque fue reciproco, porque apenas ceso el eco de la explosión, cuatro rayos de color violeta parecieron buscar al diminuto atacante. Hasta los terrestres llegó, amortiguado por la distancia y el espesor de las paredes de su propia espacionave, el formidable y seco estallido que lo destruyó. En el lugar en que segundos antes volaba quedó una nubecilla de humo blanco que se dilataba perezosamente.

La visión desapareció rápidamente. El paisaje helado que Temple descubriera ocupaba añora el campo de visión. La altura era relativamente inapreciable, lo que les hizo suponer que los venusianos, quizá con su astronave averiada, intentaban posarse lo mejor posible.

La línea del horizonte cambió varias veces de sentido, llegando en ocasiones a la vertical. Cuantos no pudieron sujetarse rodaron

como peleles. Al fin, con sordo rugido, la nave interastral entró en contacto con el suelo y grandes cantidades de vapor dificultaron la visión de Temple. Un nuevo y más fuerte choque le hizo perder el equilibrio, enviándole con brusquedad contra el revuelto grupo de sus compañeros. Después sobrevino la inmovilidad y *el* silencio.

La espacionave había quedado inclinada después del choque, y Temple casi llegó rodando hasta la puerta, cuya hoja aparecía desgajada por la fuerza del choque. Von Heine estaba a pocos metros de él y se incorporaba penosamente; nadie pudo escapar al magullamiento general.

—Voy a ver qué ha ocurrido — dijo Temple.

Poro todos le siguieron. Avanzaron por el corredor que antes recorriera Temple y pronto se hallaron frente a la puerta que en vano trató de abrir éste. También ahora estaba cerrada.

—Debe haber algún otro modo de salir de aquí — dijo Von Heme.

—Siegen y yo volveremos atrás para ver si hay otro camino viable — apuntó Herman Steinck.

Pero las pesquisas fueron desoladoras. No había, más salida que aquella puerta cerrada herméticamente. Casi llevaban transcurridos diez minutos desde el choque y el silencio era completo al otro lado de la puerta.

—Sería terrible que en el choque hubieran sucumbido todos — murmuró Von Heine—. ¿Qué habrá su cedido?

— ¡Quién sabe!—respondió Temple—. Pero aún *es* pronto para alarmarnos. Quizá Gor tenga algo más importante que hacer antes de acudir en nuestra ayuda. Es muy posible que ni siquiera sepa que estamos prisioneros. Esperemos.

La espera se prolongó hasta media hora. El propio Temple parecía ya inquieto, cuando se escucharon ruidos del otro lado de la puerta. Segundos después era abierta. El propio Gor apareció en el vano de la puerta.

— ¿Qué ha sucedido?—preguntó Temple, ansioso de saber.

—Fuimos atacados por un cohete pirata que nos ha causado averías irreparables. La mayor parte de la tripulación ha muerto y estamos perdidos en la zona del planeta más alejada de nuestro destino.

—Pero…

—Ya os explicaré. Vamos a un lugar donde podamos reunirnos todos. Tenemos que tomar medidas para escapar de aquí. Nuestros organismos soportan difícilmente el frió.

Gor dio cuenta a sus amigos de lo sucedido. Una aeronave pirata, especie abundante en Venus, les había atacado, creyéndola una aeronave de transporte, similares por el tamaño. Las averías producidas por la nave pirata fueron tan graves, que decidieron a Gor a posarse en aquel paraje helado.

Mas con el violento choque se produjo el agrietamiento de un tanque de ácido corrosivo, cuyo contenido, al reaccionar con otros distintos cuerpos, produjo gases letales, únicamente aquellos que pudieron aislarse en cámaras estancas lograron conservar la vida. Gor, con quienes ocupaban en aquellos momentos la cabina de mando y los terrestres eran los únicos supervivientes.

Pasado el primer momento de peligro, Gor y los que con él se habían salvado le procuraron un escape al gas. Para ello se valieron de las escafandras para el vacío.

Cuando Gor terminó de hablar, Temple dio mentalmente las gracias a aquel venusiano que inconscientemente les aisló del peligro, al dejarles encerrados en aquel lugar de la espacionave.

—La situación es la siguiente — dijo Gor—. Nos hallamos en uno de los casquetes helados de mi planeta; sin más recursos de locomoción que los propios de cada uno de nosotros. Poseemos armas y víveres. Estos últimos en cantidad suficiente para llegar hasta donde podamos renovarlos. Afortunadamente, esta zona helada no es muy extensa y tardaremos pocos días en salir de ella. Pero los peligros hasta el fin de nuestro viaje serán numerosos. De la astronave nada podemos esperar, pues ha quedado inservible. Por lo tanto debemos abandonarla cuanto antes, ya que se aproxima la estación del frío.

Los supervivientes de la catástrofe se entregaron de lleno al trabajo de preparar cuanto les era preciso para el largo viaje que anunciara Gor.

Por primera vez pudieron ver los terrestres los estragos causados en la astronave por el ataque de los piratas y choque final. Casi todos los pasillos estacan sembrados de cadáveres de venusianos muertos a causa del gas.

La visión era terrorífica y todos redoblaron su actividad para

abandonar cuanto antes aquello. Los terrestres, debido a su mayor talla, necesitaron confeccionarse ropas de abrigo, lo que llevaron a cabo empalmando trozos a las mayores que encontraren. Tal solución sólo tuvo que ser empleada con Temple, Von Heine y Henskel, pues los otros pudieron arreglarse. Pese a la actividad desplegada no fue posible la marcha hasta el día siguiente. En dos ocasiones habían salido los terrestres de las estancias calefactadas, apreciando el frío. Mas ahora se había recrudecido. Algunos copos de nieve caían mansamente.

Cargados con la pesada impedimenta, partió la expedición en busca de zonas más cálidas. Temple aún conservaba su metralleta a pesar de que las armas venusianas eran más potentes y de simple manejo.

Al cabo de varias horas se levantó una fuerte ventisca. Gor y les suyos acusaban, sensiblemente los efectos del frío, demostrando con ello que estaban habituados a climas menos rigurosos.

Siguieron caminando, no obstante, bajo el cortante viento. La monotonía del paisaje era aplastante; hasta donde alcanzaba la vista todo estaba cubierto por la nieve, sin que pudiera descubrirse ninguna altura apreciable.

La jornada tocaba a su fin y las primeras muestras de fatiga hicieron su aparición. Gor expresó su intención de montar el primer campamento.

—Sería preferible hacerlo al abrigo de cualquier altura que nos resguarde del viento — objetó Temple.

—Aquí difícilmente hallaremos tal abrigo.

—De todos modos, caminemos un poco más.

Todas las miradas buscaron ansiosamente en el horizonte el accidente del terreno que les permitiera Instalar el campamento.

Al fin, en la lejanía, descubrieron un enorme peñasco.

—Aquello puede servirnos — gritó Temple —. Hagamos un último esfuerzo.

La sorpresa del «ranger» fue grande al descubrir que la supuesta roca no era sino el proyectil de Von Heine, empotrado en el hielo hasta la mitad de su estructura.

— ¿Cómo puedes explicar esto, Gor? — exclamó.

—No es extraño...—respondió éste—. Nos ha acompañado durante todo el viaje, pues tenía el propósito de que lo examinaran nuestros hombres de ciencia. Poco después del ataque de los piratas tuve que desprenderme de él para tener libertad de acción en el aterrizaje. En condiciones normales no me hubiera desprendido de él hasta hallarme a la suficiente altura para que la caída no lo deteriorase.

—De cualquier modo — respondió Temple —, ahora nos será utilísimo. Instalaremos el campamento en el interior.

Nadie como los venusianos agradecieron mejor aquel cobijo. Su natural color cobrizo aparecía ahora casi amoratado. Temple se maravilló de que no se hubiesen congelado. Con todo, el frío allí no era superior a los veinte grados bajo cero. Mas recordó, por lo que Gor le había hablado de Venus, que éstos habitan en temperaturas tórridas, en un planeta aún en vías de enfriamiento, cuyo ecuador apenas poseía corteza sólida, con un mar de hirviente lava a dos millas escasas por debajo de aquélla.

Von Heine supo aprovechar parte del material que no se destruyó con la caída para confeccionar un calorífero bastante eficaz. En el interior del proyectil acamparon dos días completos, equivalentes a algo más de treinta y seis hora» terrestres. Sólo después de transcurrido este tiempo estuvieron los venusianos en condiciones de continuar el viaje.

Al fin de la segunda jornada la temperatura había aumentado ligeramente, pero continuaba siendo excesiva para los venusianos. A pesar de ello, Gor se mostraba optimista.

—Dos jornadas más, y habremos escapado de este infierno blanco — dijo—. A partir de aquí la temperatura será más benigna y podremos avanzar con mayor rapidez. Después de esto se abrirá ante nosotros la zona anular de las grandes praderas, que circunda el planeta e, inmediatamente después, las grandes selvas. Tras ellas encontraremos el imperio de Glau. Entonces estaremos salvados; Glau nos facilitará los medios para llegar al país de mi padre.

—Pero antes de eso habremos de arrostrar muchos peligros, ¿no es así, Gor?

—Pero entonces no habrá frío y sabré cómo combatirlos. Aquí sería terrible.

— ¿Qué peligro puede acecharnos en estos parajes helados?

—El Tau.

— ¿Qué es ello? — preguntó Temple.

—Una terrible bestia que habita en los hielos. Con las armas de que nosotros disponemos ahora no podríamos hacerles frente.

—Está bien. Esperemos que no nos ataquen.

—Esa es mi misma idea. Falta poco ya para que escapemos de aquí.

En la siguiente etapa del viaje nada entorpeció la marcha de los expedicionarios. Al emprender la última, Gor se mostraba entusiasmado. Apenas dos horas de marcha después habían desaparecido los hielos y caminaban sobre la nieve blanda, que, si bien dificultaba enormemente la marcha, les anunciaba el próximo fin del desierto helado. De vez en cuando cambiaba la dirección del viento frío y llegaba hasta ellos una suave brisa casi tibia.

El paisaje había cambiado también notoriamente. El terreno se iba ondulando progresivamente a medida que cesaban los hielos. A las dunas sucedieron los montículos, algunos de ellos con una vegetación rala de arbustos y débiles arbolillos.

De súbito, un terrible rugido tuvo la virtud de detener la marcha de la columna. Los venusianos lanzaron agudos gritos y prepararon sus armas.

— ¡El Tau! —exclamó Gor.

Temple miró hacia la derecha, lugar de donde partió el rugido, mas no pudo descubrir nada. Penosamente avanzó sobre la nieve demasiado blanda. Sus pies calzados con las fuertes botas de reglamento, se hundían hasta más arriba de los tobillos. Sin demasiada decisión fue acercándose a una elevación del terreno detrás de la cual debía de hallarse el monstruo. En su interior deseaba fervientemente que se encontrara más lejos y que el eco hubiera transportado su rugido. Miró hacia atrás; los venusianos se habían abierto en abanico y tenían sus armas prestas. Ante la mirada del terrestre avanzaron algunos pasos. Más confortado, Temple inició la ascensión para hallarse sobre un punto elevado en el momento en que descubriera a su enemigo. Pero fue descubierto per él mucho antes de conseguir su propósito. El aterrador bramido estalló brutalmente en sus oídos. Sorprendido y aterrado, trató de incorporarse con tan mala fortuna que resbaló en la nieve. Sin embargo, su caída resultó providencial, porque la horrible zarpa del monstruo golpeó con fuerza en el lugar en

que momentos antes se hallaba el «ranger».

Temple rodó por la pendiente hasta golpearse contra una roca, que le detuvo en su caída. Tuvo la sensación de que los venusianos hacían disparos contra la bestia. Hasta entonces no había pedido apreciarla con detalle, pero tendido en el suelo pudo verla erguida sobre él, lo que contribuyó a hacerle creer que tendría más de diez metros de altura. Su fisonomía le recordó los grabados de monstruos antediluvianos que viera en los museos.

Los disparos de sus amigos, lejos de herirle, le excitaban más aún. Poseía una coraza córnea que le inmunizaba contra los disparos. Sus formidables ocho pares de patas hollaban con fuerza la nieve, mientras la gruesa cola levantaba verdaderas nubes de cristalinos helados. El abundante aliento que se escapaba de sus fauces le daba cierta fantástica semejanza con los terribles dragones a los que dio cuerno la fantasía oriental.

El muchacho estaba aterrado. Con más rapidez de lo que cabía esperar se puso en pie y echó a correr. Pero la impedimenta no le permitió llegar demasiado lejos. Después de dar varios traspiés rodó de nuevo por el suelo. Antes de que se pudiera recuperar de la caída se vio alzado en vilo. Una formidable garra le atenazaba con fuerza, produciéndole tal dolor qué creyó le aplastaría. Con los ojos dilatados por el espanto. Temple vio ante sí la cabezota de la bestia. Era relativamente menuda en comparación con el resto del cuerpo. Dos ojillos de mirada maligna, asomando por entre una perfecta coraza de gruesas escamas superpuestas erizadas de punzantes espinas, le contemplaron.

A Temple llegó a faltarle la respiración. Un intenso dolor en un costado le descubrió que aún conservaba la metralleta. Con un esfuerzo sobrehumano trató de descolorarla para hacer uso de ella. Y aunque no lo consiguió del todo, logró colocarla en posición horizontal. Era suficiente, si podía disparar y hacer blanco en los ojos del monstruo. No sabía si tal herida resultaba mortal, pero en su desesperación se aferró de tal modo a la idea de que sí lo era, que obsesionado con ella consiguió lo que se proponía en el brevísimo intervalo de solo unos segundos, concretamente, el tiempo que la formidable bestia empleo en contemplar curiosamente a su presunta víctima.

Teniendo la metralleta bajo la axila, Temple apretó penosamente el gatillo sin ninguna garantía de que la puntería fuese certera. Pero la distancia del blanco era mínima.

El espantoso eco del tableteo desconcertó al propio Temple. El cese de la presión de la garra y el sobrecogedor bramido de la bestia fueron sincrónicos.

Falto de apoyo, el soldado se desplomó desde la impresionante altura de quince metros. Ni la nieve blanda fue suficiente para amortiguar el terrible golpe; pero Temple no perdió el conocimiento. Su voluntad rebelde le hizo sobreponerse al dolor y la fuerte sensación de náuseas. Una bruma roja nublaba su vista, mas consiguió ver que su enemigo se derrumbaba a escasa distancia de él, agitándose convulsivamente…

Animado de furor homicida, Temple se incorporó penosamente. Casi tropezó con la culata de la semienterrada metralleta. La arrancó de la nieve y dio varios pasos en dirección al monstruo. Descubrió la herida cabeza con uno de sus ojos destrozados por la ráfaga y del que manaba abundante sangre negruzca, que ya formaba un oscuro charco sobre la nieve. El animal apenas se movía ya, pero Temple apuntó cuidadosamente al otro ojo. Apretó con saña el gatillo dispuesto a no dejar de disparar hasta que se agotasen las municiones. Pero, ante su sorpresa, sólo sonaron dos disparos.

Apresuradamente Temple trató de averiguar la causa de aquella avería en el mecanismo del arma.

Un rugido de rabia se escapó de su garganta al descubrir que el cargador estaba totalmente agotado.

Dejó caer la inservible metralleta y contempló durante unos segundos a su abatido enemigo. Éste apenas se movía ya; sin duda, la primera ráfaga, al destrozarle el globo ocular, había llegado a interesar su cerebro. Debió morir casi en el acto, mucho antes de caer sobre la nieve.

Temple dio media vuelta y comenzó a caminar penosamente sobre la nieve.

Aquella bruma roja que le dificultaba la visión se iba espesando. Las náuseas eran mayores ahora.

Sabía que iba a desvanecerse, mas siguió avanzando sin más apoyo que su férrea voluntad. Alguien venía corriendo hacia él. Creyó escuchar gritos, paro no acertó a comprender su significado.

El suelo nevado comenzó a girar vertiginosamente para él. La silueta humana que se le aproximaba parecía estar unas veces junto a él, y otras muy distantes.

La bruma roja se espesaba, tomando tintes negruzcos. Le recordó la sucia sangre del monstruo...

CAPÍTULO VI



ALPH TEMPLE abrió lentamente los ojos. Por entre las gruesas ramas de varios árboles de elevadas copas pudo ver un pedazo de cielo poco luminoso en el que flotaban densos nubarrones amarillos.

Estaba echado en el suelo y se sentía débil, como si surgiera de un sopor. Miró hacia un lado y descubrió que se hallaba en un bosque de extrañas plantas totalmente desconocidas para él. Casi junto a él crecían unos arbustos espinosos de algunas de cuyas ramas pendían gruesos frutos de suave color rosado del tamaño de calabazas, mientras que el resto de la planta presentaba una furiosa tonalidad escarlata. La mayoría de los árboles y demás plantas tenían también este color.

Cambió la dirección de su mirada e inmediatamente tropezó con la silueta de Von Heine, que caminaba hacía él; algo más alejados estaban los otros. Por sus movimientos adivinó que estaban levantando el campamento.

— ¡Hola, Temple!—saludó el recién llegado—. Al fin da usted síntomas de vida. Creíamos que iba a permanecer durmiendo durante todo el viaje. ¿Qué tal se encuentra?

—Aún no puedo decirlo. Acuso una fuerte debilidad, pero por lo demás, creo que bastante bien.

— ¿Tiene dificultades para respirar? — volvió a preguntar el alemán.

Temple, que se había puesto en pie penosamente, miró con extrañeza a Von Heine.

—Ninguna. ¿Por qué me lo pregunta?

—Su estado ha sido gravísimo, después de la lucha con aquel monstruo. Cuando le recogimos expulsaba usted grandes bocanadas de sangre. Temí por su suerte, pues mis escasos conocimientos de medicina bastaban para adivinar la terrible lesión interna. Comuniqué a mis compañeros las pocas esperanzas que tenía en su salvación; todos compartieron mi opinión, convencidos de que unas horas bastarían para que se produjera el fatal desenlace. Pero no contábamos con estos maravillosos venusianos y su portentosa inteligencia. Gor ha realizado el milagro de prolongar su vida sin intervención quirúrgica de ninguna especie. Quisiera darle detalles de su milagrosa curación, pero ninguno de nosotros hemos intervenido en ella. El tratamiento ha durado algunos días, pero de su eficacia puede dar fe usted mismo.

Temple había quedado perplejo con las palabras de Heine. Aspiró aire con fuerza, forzando para ello, hasta el máximo, sus pulmones. No experimentó la menor molestia. No podía dudar de las palabras del alemán, pero resultaba increíble cuanto había dicho.

Avanzó algunos pasos hacia el pequeño campamento. El ejercicio le produjo un pasajero mareo, que achacó a la pérdida de sangre.

Contempló con detenimiento cuanto le rodeaba.

A pesar de los exóticos colores de la flora, los elevados árboles del bosque, la escasa frondosidad de los mismos y la vegetación

menor, que a trechos se mostraba enmarañada y espinosa, recordaron a Temple similares paisajes de Michigan o cualquier otro lugar del sudeste del Canadá. Mas tal impresión duró apenas algunos instantes. El cielo plomizo cubierto por los nubarrones amarillos y las enormes flores rojas que salpicaban profusamente el suelo del bosque impedían cualquier comparación.

Inmediatamente fue advertida la presencia de los dos hombres, que fueron rodeados. Temple buscó a Gor con la mirada y a través de ella envió al diminuto ser todo el agradecimiento que no hubiera podido expresar jamás con palabras. El americano estrechó con calor la mano derecha del venusiano, cuyos grandes ojos circulares brillaron intensamente.

—Era justo que devolviéramos la vida a quien salvó las nuestras con arrojo y desprendimiento — expresó Gor, telepáticamente—. De todos modos, no ha sido mayor mi esfuerzo que el de tu propia voluntad. En tu inconsciencia supe aprovecharla en beneficio de tu curación. Disponía de pocos medios para arrebatarte a la muerte, pero han sido suficientes; el Ser Supremo del Universo, el Creador, así lo ha querido, y yo soy el más feliz por ello.

Nadie más había asistido al mudo coloquio, pues todos se afanaban en los preparativos para la marcha. Gor y el propio Temple se sumaron al trabajo. Media hora después la columna se ponía en marcha.

—El campamento que ahora dejaban atrás se hallaba casi en la cumbre de una alta montaña. A los pies de los expedicionarios se extendía un valle que veía crecer su amplitud a medida que los perfiles de las montañas, cada vez.de menor altura, que lo enmarcaban, huían hacia el horizonte.

Temple miró hacia atrás para descubrir la imponente mole de montañas, que sus compañeros habían escalado durante su desvanecimiento.

— ¿Cuántos días ha durado mi inconsciencia? — preguntó a Gor, que caminaba a su lado.

—Quince días.

Calculó que aquel período de tiempo equivalía aproximadamente a unos diez días terrestres.

Gor, que dominaba envidiablemente el inglés, un inglés de circunstancias, explicó:

—Abandonamos los hielos tres días después de tu accidente. Desde entonces hemos caminado sin descanso, el preciso para no desfallecer, atravesando la estepa. Ahora, traspuestas estas altas montañas, penetraremos en la zona templada, donde reina Glau. Él nos proporcionará una aeronave en la que llegaremos hasta mi país. Creo que pronto encontraremos algún destacamento armado. Deseo que topemos con algunos de ellos, pues ello significará el fin de esta penosa marcha. Al mismo tiempo comunicaremos a los hombres de Glau la existencia de piratas aéreos en el lugar que nos derribaron. Son una plaga que tanto Glau, como nosotros, combatimos enérgicamente, ya que dañan extraordinariamente nuestro comercio.

— ¿Qué sucederá si Glau no nos presta su ayuda?

—Eso es pueril. Hay una magnífica cordialidad entre ambos pueblos. Glau y mi padre han sido siempre grandes amigos. A mí me aprecia como a un hijo. Además, no está lejano que ambos pueblos se unan. La hija de Glau es mi prometida — finalizó Gor con una sonrisa.

Temple no hizo más preguntas.

Pese a las esperanzas de Gor, llevaban ya cinco días venusianos caminando sin llegar a descubrir el menor vestigio humano.

También el amplio valle había quedado atrás y avanzaban ahora por la llanura que se extendía hasta el límite de la vista, limitada tan sólo al Este por la prolongación del macizo montañoso que había atrás y que no constituía en la lejanía más que una línea difusa e imprecisa.

Aquellos parajes eran totalmente desérticos y el terreno pedregoso hasta dificultar seriamente el avance de la columna.

Gor parecía desconcertado.

—Conozco bien a Glau. Siempre ha tenido esto bien custodiado por temor a que los piratas, envalentonados en su soledad, intentaran peligrosos golpes de mano y saquearan a los colonos de esta parte de su imperio. Es una gran región que pretende rehabilitar. Por ello ha mantenido siempre aquí, fuertes contingentes bélicos.

—Es probable que, dada nuestra pobre orientación, o quizá la casualidad, no hayamos topado con uno de esos puestos fronterizos — adujo Temple.

—No excluyo tal posibilidad, pero...

No concluyó la frase. En su lugar, gritó alguna palabra en su idioma y señaló hacia una loma. Los venusianos dieron muestras de

alegría y echaron a correr en aquella dirección.

Temple pudo ver dos siluetas semejantes a Gor y los suyos. También alcanzó a distinguir un pequeño vehículo estacionado junto a las figuras.

— ¡Al fin hemos establecido el ansiado contacto! — exclamó Gor, dirigiéndose a Temple, en torno al cual se habían agrupado los alemanes—. Son hombres de Glau.

Todos miraron hacia la loma. Mas, de súbito sucedió algo que los dejó perplejos a todos. Mucho antes de que los venusianos de Gor llegaran a la mitad de la distancia existente entre los que quedaron atrás y los dos hombres de la loma, éstos se introdujeron apresuradamente en el vehículo y se alejaron en él con gran rapidez, ocultándose pronto a la vista.

Como movidos por un resorte, todos corrieron hacia la loma. Cuando Gor, Temple y el resto hubieron llegado, ya el vehículo había desaparecido.

Gor habló con sus hombres, dando muestras de gran excitación. Von Heine parecía escuchar atentamente.

— ¿Comprende usted algo de lo que dicen? — preguntó Temple.

—Gran parte de la conversación — respondió el alemán—. Su idioma resulta sumamente sencillo. Pudiera decirse que es taquigrafía verbal. Parece ser que nuestros amigos no comprenden por qué huyeron esos dos que estaban aquí hace poco. Están convencidos de que nos vieron.

E lectivamente, Gor así lo confirmó personalmente poco después.

—Es incomprensible — dijo con desaliento—. La actitud de los hombres de Glau me desconcierta.

— ¿No es posible que nos hayan confundido con piratas? Parece que era una avanzadilla. Si así es, pronto regresarán más.

—No; estas vestiduras que llevamos corresponden al uniforme militar de mi país. Ellos han comprendido perfectamente quiénes éramos.

— ¿Qué hacer entonces? — preguntó Von Heine.

—Proseguiremos la marcha — respondió Gor—, Pronto

sabremos a qué atenernos.

Con el natural desaliento se reanudó la marcha. Transcurrieron dos días más sin que nada ocurriera. Durante el tercero hicieron un descubrimiento.

Hallaron los restos de una aeronave en el centro de un profundo cráter abierto por ella misma al desplomarse contra el suelo.

Gor necesitó poco para identificarla.

— ¡Una unidad de combate de mi país! — exclamó perplejo—. No es posible que Glau esté en guerra con mi padre. Me resisto a creerlo.

La aeronave estaba de tal modo destrozada, que era impracticable el acceso a su interior.

Abandonaron aquel lugar. La marcha prosiguió agotadora, ahora bajo los peores auspicios. Concluida la jornada, montaron el campamento en las proximidades de un bosque. Durante las últimas horas de la jornada el terreno había comenzado a accidentarse. A la izquierda del campamento se alzaba un roquedal.

La posibilidad de hallarse en terreno hostil obligó a montar una guardia. Temple, Von Heine y un venusiano formaban el segundo turno. Aquél abandonó la piedra sobre la que había estado sentado y dijo a Von Heine:

—Vamos a dar una vuelta. Vayan ustedes dos hasta el bosque; yo me llegaré al roquedal.

Aprestaron las armas y se separaron. En la terriblemente oscura noche de Venus, Temple apenas si acertaba a ver más allá de dos metros por delante de él. Llegó hasta las rocas con grandes dificultades, siempre prestando gran atención a cualquier ruido. Ascendió por las piedras, decidido a regresar de nuevo al campamento después de echar una ojeada hasta donde le fuera posible. Arriba, en el cielo, se produjo un desgarrón de las densas nubes y, débil, llegó hasta él la pálida luz de las estrellas. Ni aun esto era suficiente para ver con relativa claridad, pero Temple creyó ver una sombra que se deslizó veloz por entre las rocas.

No estaba seguro de ello, por lo que prestó mayor atención, esperando que se produjera algún ruido o volviera a aparecer la sombra. Y poco después escuchó un roce tenue, casi inaudible, pero no precisamente en la dirección que él esperaba, si no a su izquierda, casi

tras él.

Se revolvió con rapidez, dispuesto a emplear el arma que empuñaba con ambas manos, mas no tuvo tiempo para hacerlo; una sombra humana saltó sobre él, derribándole en tierra. Rodo sobre el suelo pedregoso hasta que su cabeza fue a dar contra una roca. El golpe no había sido lo suficientemente fuerte como para hacerle perder la razón de las cosas, pero le impidió una reacción rapiña, la sombra que le atacara pareció saltar desde el suelo, lanzándose sobre el de nuevo. La escasa luz permitió al terrestre ver a su enemigo, Era un ser humano de análogas características a las de Gor, pero cuya frente se veía armada con un afilado cuerno. Temple no pudo esquivar la acometida, pero sí que su enemigo le golpeara con el arma que enarbolaba. El norteamericano logró sujetar por el cuerpo a su adversario, y le envío un terrible derechazo que alcanzo de lleno su objetivo. El venusiano salió despedido como si se tratara de un pelele. Temple se puso en pie y grito con todas sus fuerzas para avisar a los del campamento. Acto seguido corrió hacia su derribado enemigo. Sm embargo, no pudo llegar; varias sombras más brotaron como alumbradas por las penas. El terrestre trató de hacerles frente con verdadero ardor. Dos venusianos rodaron por el suelo, víctimas de la contundencia de los golpes de Temple, pero éste no tardo en recibir un fortísimo golpe en la nuca que le privó de continuar la lucha.

Pese a la fuerza del golpe, el comando no perdió el conocimiento por completo. En su aturdimiento tuvo consciencia de que era transportado entre varios y hasta creyó precisar que sus portadores descendían por las rocas que él escalara momentos antes. A medida que el tiempo transcurría fue recobrando la lucidez. Cuando le dejaron caer bruscamente junto a la hoguera de su propio campamento, Temple se daba ya perfecta cuenta de lo que le sucedía. A corta distancia, tanto que hubiera podido tocarlo con sólo estirar el brazo, yacía Von Heine.

Se tranquilizó al observar que respiraba normalmente. Dirigió la vista en derredor y descubrió a un buen número de venusianos unicornios, que, armados, recorrían el campamento obligando a sus prisioneros a concentrarse junto a la fogata. Sin duda, Von Heine había sido sorprendido al igual que su compañero, y los asaltantes capturaron a los que se hallaban durmiendo. Vio a Gor que se inclinaba sobre Von Heine y luego venia hacia él. Buscó su mirada.

—Estoy perfectamente — musitó en inglés —. Me sorprendieron de modo estúpido. ¿Quiénes son?

—Hombres de Glau. No corremos ningún peligro. Trataré de

darme a conocer en cuanto seamos llevados a lugar en que puedan reconocerme.

—Podemos reaccionar. Si les tomamos por sorpresa…

—Sería contraproducente. Por otra parte, Glau respeta a sus prisioneros.

Llegado a este punto de la conversación, la potente luz de varios focos iluminó el campamento. Hasta una docena de vehículos como el que descubrieron el día anterior fueron llegando a las inmediaciones del campamento. Acto seguido se obligó a los prisioneros a penetrar en ellos. Después, con gran rapidez el convoy se puso en marcha.

El sempiterno cielo nublado de Venus comenzaba a teñirse de rojo sucio cuando la caravana se detuvo ante un pequeño poblado constituido por casamatas, al parecer, provisionales.

Los vehículos fueron prontamente evacuados. Temple examinó con curiosidad cuanto les rodeaba. Intuyó desde el primer momento que aquel poblado tenía más importancia de lo que aparentaba a simple vista. Casi todo él estaba erizado de formidables armas similares a los cañones terrestres, camuflados de manera curiosa y original. Por doquier descubrió entradas a posibles pasadizos subterráneos. Intentó hacérselo observar a Gor, pero éste caminaba junto al oficial que comandaba la facción que había intervenido en su captura. Hablaba en voz lo suficientemente alta para que Temple pudiera oírle, mas el terrestre no pudo comprender el significado de sus palabras, puesto que el idioma de los venusianos unicornios difería bastante del de los otros, y Temple no había alcanzado demasiada soltura en el uso del idioma de Gor. Pero supuso con fundadas razones que su amigo intentaba darse a conocer.

Los prisioneros llegaron ante una construcción y hubieron de aguardar en sus inmediaciones, mientras Gor, siempre en compañía del oficial, penetraba en la casamata. La espera fue larga.

Temple se preguntó lo que estaría sucediendo allí dentro. Hombre de poca paciencia, comenzó a dar muestras da desasosiego Mas transcurrieron bastantes minutos antes de que Gor volviera a aparecer, esta vez acompañado por tres unicornios de edad avanzada y que lucían profusión de distintivos. En Gor se había operado un cambio radical y Temple no pudo dejar de advertirlo. También Von Heine pareció darse cuenta de ello.

—Algo grave debo suceder—dijo—. Gor parece muy afectado. ¿Qué puede ser?

—Esperemos que él mismo lo diga.

El pequeño príncipe venusiano venía ya hacia ellos. Se detuvo frente a Temple, como era costumbre, mirándole con fijeza a los ojos. El comando recibió la llamada telepática. Era evidente que lo que Gor quería decirle tenía tanta gravedad como para que Gor no quisiera correr el riesgo de que sus palabras no fueran comprendidas por el terrestre.

—Hoy es un día funesto para mí — comenzó,

Los hombres de mi pueblo luchan cruelmente contra Glau y los suyos. Mi padre ha muerto asesinado por la mano del propio usurpador que ahora hace la guerra a Glau en un soberbio intento de lograr el total dominio de Venus. Ahora estamos entre amigos, pero no puedo garantizar vuestra seguridad. Anok, ese es el nombre del usurpador, ha logrado, mediante la traición, asestar un fuerte golpe al poderío de Glau, que apenas tiene posibilidad de rehacer su destrozado ejército y organizar una contraofensiva que pueda frenar el avasallador avance de los ejércitos de Anok. Si éste triunfa, lo cual parece inminente, no sé cuál pueda ser vuestra suerte. De ser posible, os restituiríamos a vuestro planeta, pero en las presentes circunstancias eso es imposible. Quedáis en completa libertad de acción. La única solución es que huyáis a las proximidades de la zona helada en que aterrizamos; vosotros podréis aclimataros, y Anok, que desconoce vuestra existencia, no os perseguirá.

Temple no contestó nada. Miró a los alemanes y luego a Gor.

— ¿Está todo perdido? — preguntó—. ¿Cesaréis de luchar?

—Eso jamás. Lucharemos hasta el fin.

—En tal caso, aún hay esperanza, únicamente la de sucumbir honrosamente.

Temple sonrió tristemente. Se dirigió a Von Heine y le repitió lo contado por Gor, observando:

—La situación es difícil tal como nos la plantea Gor. Huir hacia los hielos equivale, si no a una muerte cierta, por lo menos a la inseguridad de vivir continuamente acosados en un planeta del que desconocemos sus recursos y cómo aprovecharlos, y sus peligros que no sabremos afrontar. No diré que permanecer junto a nuestros amigos sea mucho mejor, pero recordemos que seguimos viviendo gracias a Gor y sus hombres y que venimos de un mundo en el que actualmente se combate. Visto así, todos los caminos, los factibles y no

realizables conducen al mismo desenlace. ¿Para qué, pregunto yo, cansarnos con el largo viaje hasta la zona helada? Por mi parte, he decidido quedarme.

Dichas estas palabras, esperó la reacción de sus amigos. Gor les contemplaba perplejo. Von Heine consultó con la mirada a los suyos.

Herman Steinck inclinó su cabeza en un breve y mudo gesto de asentimiento. Luego fue Siegen, Schultz... Todos se mostraron conformes.

—Estamos con usted, Temple —dijo Von Heine—, Que nuestra suerte sea la de Gor y sus amigos.

—Ya has escuchado, Gor — dijo Temple—. ¿Podemos ser útiles?

Dos gruesas lágrimas brotaron de los grandes ojos redondos del venusiano.

—Gracias — respondió con un pequeño ronquido.

En aerocohete fueron transportados todos al Cuartel General de Glau, situado más al sur. Éste tenía como sede a la ciudad de Tampla, ya que Candara, capital del imperio de Glau, había caído en poder de Anok. Tampla era la única ciudad importante en manos de Glau, y en torno a la cual se reunían desesperadamente las unidades dispersas por la confusión de la terrible derrota de los primeros días de lucha. Gor puso a Temple en antecedentes de todo esto durante el viaje a Tampla.

Apenas abandonaron el cohete pudieron darse cuenta los terrestres de que Glau se estaba preparando para la batalla decisiva. La ciudad era un hervidero de soldados. Constantemente, extrañas máquinas bélicas eran arrastradas por pesados vehículos semejantes a tractores.

Gor llevó a sus amigos al Cuartel General. Mientras los alemanes quedaban en una espaciosa sala del gran edificio, Temple acompañó al venusiano. Atravesaron los largos corredores entre la expectación de cuantos deambulaban por ellos. La presencia de un terrestre, aunque la noticia, por lo sensacional, era ya conocida en Tampla, tenía que ser por fuerza sorprendente. A medida que se aproximaban a los aposentos en que Glau se reunía con sus generales, los pasillos comenzaron a estar desiertos, sin más presencia, humana que la de los centinelas.

Al fin, Gor se detuvo.

—Aguarda aquí — dijo—. Glau y su Estado Mayor me aguardan tras esa puerta. Pronto sabré cuál es nuestra misión. Les hablaré de vosotros y de la posibilidad de que vuestra experiencia en la guerra nos sea provechosa. En un momento como éste no se puede desdeñar cualquier ayuda.

Temple quedó solo. Husmeó por todos los rincones hasta que su curiosidad quedó satisfecha, se notaba cansado y buscó algún lugar donde sentarse, pero no lo halló. Se acercó a un amplio ventanal contra cuyo marco se recostó. Desde allí se divisaba parte de la ciudad. Vio a lo lejos formaciones de aerocohetes posados verticalmente. Hasta donde alcanzaba la vista se extendían, escalonados, los campamentos de infantes, y algunos aviones, esbeltos como agujas voladoras, surcaban el cielo siempre sucio de nubes amarillentas.

De improviso experimentó la sensación de ser observado. La sensación llegó a desasosegarle hasta el extremo de obligare a volverse. Pero los corredores estaban vacíos; allá al fondo descubrió a un centinela que permanecía vuelto de espaldas.

Volvió a la contemplación, pero la primitiva idea de que era observado le obsesionaba. Se volvió violentamente e hizo un descubrimiento. Una mujer semioculta tras una gruesa columna le espiaba. Al saberse descubierta se escondió de nuevo. El asombro de Temple era grande, pues creyó haber visto una mujer terrestre.

Sin titubear avanzó hacia la columna, rodeándola hasta descubrir a la muchacha, pues era una joven. Una joven deliciosa, pensó Temple. La mujer no intentó forcejear, aceptando temerosa la imposición del terrestre. Temple la miró intensamente. Sus rasgos eran los característicos de las venusianas, pero no era semejante a ninguna de las hembras de aquel planeta, que Temple había visto. No era rechoncha, sino esbelta, aunque de líneas rotundas, y poseía una talla que aventajaba en mucho a las indígenas. Su rostro era ovalado y no redondo.

Delicadamente, Temple le obligó a alzar la cabeza para ver sus ojos, que ella mantenía fijos en el suelo. Quedó maravillado; no tenían la redondez de búho característica en los habitantes de Venus, sino que por el contrario, eran enormes, sí, pero rasgados oblicuamente. Tampoco poseía la aguja Córnea.

Entonces ella se desasió y echó a correr. Temple reunió sus escasos conocimientos del idioma de Venus y gritó;

— ¡Espera! ¡No te vayas!

Mas la muchacha no se detuvo. Entonces volvió a abrirse la puerta y apareció Gor, que reconoció a la fugitiva.

— ¡Lut! — llamó.

Se detuvo la joven y lanzó una exclamación jubilosa. Se acercó a Gor y conversó en voz baja con él durante unos segundos, al cabo de los cuales se marchó, pero antes de desaparecer envió a Temple una luminosa mirada.

—Lut — murmuró éste.

—Sí, también es hija de Glau — dijo Gor—. Se la considera como una de las mujeres menos atractivas de Venus. Glau la adora y sabe que jamás encontrará marido para ella. La verdad es que es la absoluta negación de la belleza. Tan alta, tan flaca y con esos ridículos ojos estirados hacía las orejas... Pero, ven conmigo. Glau desea conocerte.

Temple hubiera deseado exponer su criterio sobre la supuesta fealdad de Lut, pero Gor no le dio ocasión. Se Halló de pronto en una vasta estancia en la que se hallaban reunidos como una docena de venusianos unicornios, presididos por otro de aventajada estatura, cosa insólita en aquel planeta de pigmeos. Puesto que éste era quien presidia la reunión, dedujo Temple que se trataba de Glau.

Todas las miradas quedaron fijas en él. La prolongada duración de las mismas llegó a molestar al «ranger». Gor le instó a que llegara hasta Glau.

Temple comprendió perfectamente que su amigo hablaba de él con su aliado y que se extendía en alabanzas a su valor, demostrado en la lucha contra la bestia de las nieves. Terminó hablando de la decisión de los terrestres de participar en la lucha contra Anok.

Glau, rey de Sabank, demostró su agradecimiento, mayor porque los terrestres sabían bien cuál era la marcha de la guerra y su probable desenlace, neto seguido se les invitó a que ocuparan sitio a la mesa circular. Glau ordenó al jefe de sus ejércitos que expusiera cuál era la situación del momento. Éste, un venusiano extremadamente obeso, se puso en pie con más ceremonia de la que el grave momento requería.

Gor aprovechó aquella pausa para indicar a Temple:

— ¿Eres capaz de leer en sus ojos? No es probable que puedas a menos que le mires fijamente. En cambio, mira a los míos y captarás

todas sus ideas.

El terrestre asintió y se dispuso a «escuchar»

La situación difícilmente podía ser más desesperada. Anok se había impuesto desde el comienzo de la contienda mediante la traición. El cuerpo principal de los ejércitos de Sabank fue desarticulado, destruyendo prácticamente la posibilidad de resistencia. Desde entonces las fuerzas de Glau no habían hecho otra cosa que ir hacia el sur del planeta en un vano esfuerzo de reorganización. Se había conseguido ahora, pero todo parecía indicar que era demasiado tarde. Las más ricas provincias estaban en manos de los invasores, que ya amenazaban con lanzar los protagonistas de la heroica resistencia al breve casquete helado. La gravedad del momento consistía en que el terrible ataque relámpago parecía a punto de culminar en una rotunda victoria. De otro modo, la guerra podría haberse prolongado indefinidamente.

—...nuestra suerte depende — decía el jefe de los Ejércitos — de esta batalla decisiva, podríamos esperar la victoria si lográramos reunir nuestros últimos efectivos antes de que Anok logre concentrar los suyos en el país de los Hombres Verdes. Estos dificultan notablemente la labor de Anok, pero a pesar de eso serán aplastados y ese traidor conseguirá lanzarse con mayor cantidad de pertrechos.

Dicho esto, volvió a sentarse con el empaque de antes.

Temple pensó que aquel pesimismo era desesperanzador. Iba a comunicarlo a Gor, cuando vio que éste se alzaba para solicitar que se le escuchara.

—Hemos escuchado a Tanda y sabernos que sus palabras reflejan la dolorosa realidad. Pero ahora yo pido a los hombres de Sabank que escuchen al terrestre. ¿No podrá él aportar alguna solución? Sé que es un guerrero en su planeta.

Glau hizo gestos para que Temple expusiera su punto de vista. El norteamericano nunca creyó una cosa semejante. Relacionó la idea expresada por Gor de que él era un guerrero en la Tierra con sus galones de sargento. Imagino aquella misma escena en el pentágono.

Temple no era un hombre de palabras y no supo cómo empezar.

No sé qué es lo que esperan de mí. Creo que me conceden más importancia de la que en realidad poseo. No deseo otra cosa que ser útil a esta causa. Confieso con rubor que no comprendo su manera de hacer la guerra. A través de las palabras de quien me antecedió he

creído comprender que ustedes apoyan toda su estrategia en la mayor cantidad de efectivos; pretenden jugarse la victoria en una sola batalla. No lo creo prudente ni acertado.

— ¿Cuál es tu idea? — preguntó Gor.

—Evitar a toda costa esa gran batalla.

—Pero es absurdo. Anok se lanzará sobre nosotros apenas haya concentrado a sus fuerzas en el país de los Hombres Verdes.

—Pues es lógico que impidamos tal concentración.

Hubo murmullos entre los venusianos.

—Glau no comprende cómo podríamos impedirlo— volvió a decir Gor—. No poseemos suficiente fuerza para presentarle batalla ahora.

—Antes de explicar cómo, necesito saber por qué Anok concentra sus efectivos en ese país de los Hombres Verdes.

—Porque es el medio natural para llegar hasta esta parte de Venus. Cualquier otro camino se vería dificultado por el obstáculo que supone la línea ecuatorial de Venus en la que casi puede decirse que no existe corteza firme sobre la que asentar el pie, amén de temperaturas siempre superiores a los cien grados. Más al Oeste tropezaría con la Gran Región pantanosa de hirvientes lagos. No; el único camino lógico es el país de los Hombres Verdes.

Temple paseó su mirada sobre los rostros de todos los circunstantes. Él mismo era el centro de la curiosidad de los otros.

—Quizá eso sea una ventaja, Glau —dijo como pensando lo que habría de decir después—. ¿Están los Hombres Verdes de vuestra parte?

Gor pareció sorprendido.

—No existe verdadera relación entre ellos y nuestros pueblos. Son seres rudimentarios, casi en estado salvaje. Siempre les tratamos como a inferiores. De todos modos están contra Anok, y lo demuestran con su continuo acoso. Son solamente belicosos y no aceptan fácilmente la invasión. Nosotros hemos vivido en paz con ellos porque respetamos su libertad.

— ¿Crees que lucharían a vuestro lado, si les prometierais civilización y la condición de iguales? — volvió a preguntar Temple.

—Insinúas que puedan ayudarnos en la lucha contra Anok, ¿no es eso?

—Sí; y creo que es la última esperanza de Sabank.

—Pero, ¿cómo? No tienen armas y están invadidos y dominados.

—Las armas podríamos facilitárselas nosotros y también la táctica bélica.

—No hay tiempo para todo eso, aun en el supuesto de que pudiéramos llegar hasta ellos. Son insuficientes para derrotar a Anok.

—No quiero que derroten a ese traidor — respondió Temple con enigmática sonrisa—. Me conformo con que impidan la concentración de fuerzas de Anok y por consiguiente esa absurda batalla definitiva frente a Tampla.

El rostro redondo y chato de Gor se iluminó y sus ojos se agrandaron.

—Ahora comprendo cuál es tu intención, terrestre. Pretendes que los Hombres Verdes hostiguen al enemigo e impidan la concentración de fuerzas, distrayéndoles en una guerra falsa, lo que nos dará tiempo para concentrarnos a nosotros y caer sobre el desconcertado Anok, cuando sea el momento oportuno.

—Exacto, Gor. No será un triunfo definitivo, ni representará la derrota de Anok, pero aliviará la situación de los ejércitos de Sabank y habremos desgastado el poder de aquél.

— ¿Quién podrá llegar hasta los Hombres Verdes para parlamentar con ellos y saber su decisión?—preguntó Glau, que, como los demás, había asistido en silencio al diálogo del terrestre y Gor

Fue éste quien se puso en pie para responder:

—Gramrau, jefe de la tribu más meridional, es fiel amigo mío. Me recibirá bien. Sé que tiene gran ascendiente entre sus hermanos verdes de los bosques y las montañas por su fama de valeroso guerrero.

—Tú, Gor, eres parte dañada en esta guerra —dijo Glau, y su voz era potente como un trueno—. Anok asesinó a tu padre e intenta privar de la libertad a los países civilizados de nuestro planeta. A ti te confío la misión de lograr la amistad de los Hombres Verdes y atacar a Anok en su propio terreno. Dime qué necesitas para llegar hasta nuestros probables aliados.

La idea ha sido del terrestre—respondió Gor—. Dejemos que sea él quien lo diga. Mejor que nadie para esta misión. Yo iré con él.

Temple miró asombrado a Gor.

—No creo que necesitemos gran cosa — respondió—. Solamente un medio de llegar hasta el país de los Hombres Verdes, cien hombres decididos y armas ligeras para armar a otros mil. El resto habrán de hacerlo los hombres a quienes vamos a convencer.

Glau señaló a Temple.

—Gor — dijo—, confiero a tu amigo la dignidad de gran jefe. Encárgate de sus distintivos. Ahora ya tenéis una misión. Marchad.

Temple abandonó el gran salón tras Gor. Fuera, en la galería de columnas, descubrió a Lut, que se escondía tras una de ellas. Temple dio un ligero rodeo y la sorprendió cuando intentaba huir de nuevo.

—Esta vez no lo conseguirás — murmuró el joven, sujetándola por los hombros y hundiendo la mirada en sus luminosas pupilas que parecían despedir destellos áureos. Al hablarle mezcló palabras de inglés en su escaso léxico venusiano—. Necesito que sepas la fuerte impresión que has causado en mí, antes de que parta hacia la batalla. Quiero mantener viva tu imagen en mi mente en todas las batallas y lucharé por ti... y por mí.

No sabía si le había comprendido, pero decidido a que así fuera, se inclinó con rapidez y depositó en sus labios un delicado beso.

Gor le llamó.

—Esto, al menos, sí que lo habrás comprendido — musitó el muchacho mientras se alejaba corriendo sin dejar de mirar a la adorable y perpleja Lut.

Podía quedar tranquilo el comando; Lut, a través de su intensa mirada, había comprendido… y correspondido.

CAPÍTULO VII



ALPH TEMPLE miró hacia atrás en dirección al transporte que les seguía. La cabina transparente del cohete en que viajaban le permitía hacerlo en todas direcciones. La panzuda aeronave desmerecía al compararla con el estilete velador en que navegaba el mismo, Gor y los cincuenta voluntarios escogidos entre los muchos que se ofrecieron. Temple había pedido armas para mil hombres y aquel transporte cobijaba en su interior un arsenal capaz para cincuenta mil. Todo armas cortas, las más indicadas para efectuar rápidas y eficaces golpes de mano al enemigo, que era para el objeto a que estaban destinadas Por otra parte, su fácil manejo compensaba la escasez de tiempo para adiestrar a los Hombres Verdes.

Gor llegó hasta él.

—Ha sido un verdadero vuelo de suerte —dijo—. Estamos ya

sobre nuestro objetivo y no hemos tenido el menor tropiezo. Anok está muy seguro de su triunfo. El piloto está buscando un lugar apropiado para posarnos. Jamás pensé que resultara todo tan sencillo y...

En aquel instante sonó el repiqueteo de un timbre.

— ¡Alarma! —exclamó Gor sin poder terminar la frase anterior —. ¡Nos atacan!

En efecto, tres veloces cohetes, al parecer surgidos de los amarillos nubarrones, caían sobre el transporte. Mucho antes de llegar hasta él enderezaron su vuelo y volvieron a trepar hacia las nubes. Tres diminutos objetos, achicados por la distancia, parecieron revolotear como abejorros antes de partir como dardos hacia el pesado cohete mercante. Dos estallaron casi en seguida, pero el tercero alcanzó su objetivo. Una pequeña explosión varió totalmente el rumbo del transporte, destrozando parte de su popa.

Todo esto pudo verlo Temple mientras sujetaba su cinturón de seguridad a toda velocidad. Luego resultó difícil ver nada. El propio Gor se encargó de la dirección del cohete. Hubo una explosión cuando, casi, de súbito, el afilado cohete alcanzó una velocidad tres veces superior a la del sonido, después de un trágico silencio y la fugaz impresión de ver de vez en cuando algún cohete enemigo a través de la encristalada cabina.

Cuando Temple volvió a la sensación de sonido miró al cielo; aparecía desierto.

— ¿Qué ha sucedido? — gritó a Gor.

—Derribé a uno de nuestros atacantes y los otros se dieron a la fuga. El transporte se vio obligado a descender para posarse. Estaba seriamente averiado. Temo que no podamos recuperar su cargamento.

A continuación explicó que por medio de la pantalla televisora de imagen retardada había visto que el transporte caía en un lugar probablemente habitado.

Poco más tarde el estilete volador tomaba tierra y todos sus ocupantes lo abandonaron. El paraje aquel permanecía desierto.

—Era una gran llanura de altas hierbas moradas, pero muy próximo habían un frondoso bosque, aunque no parecía profundo. La aeronave fue llevada hasta su proximidad.

— ¿Cómo nos pondremos en contacto con Gramrau? — preguntó Temple a su amigo, que marchaba a su lado.

—Confieso que de momento no puedo responder a esa pregunta. Pero estamos en su territorio. Nuestras noticias son que los Hombres Verdes han abandonado sus ciudades al invasor Anok y vagan por los bosques o las montañas. No será difícil que descubramos a alguna partida que vaya de caza, ellos nos llevarán hasta Gramrau, cazan en llanuras como éstas, donde las altas hierbas cobijan a los «tiau», grandes herbívoros que les proporcionan carne. Esperemos.

La espera fue larga, y difícil lograr que los Hombres Verdes se les aproximaran en son de paz, pero al fin lograron llegar hasta. Gramrau.

La acogida fue calurosa por parte del caudillo verde. Temple contempló con curiosidad a aquellos seres, mezcla de lagarto y hombre, totalmente cubiertos de húmedas escamas. Sus ojos inexpresivos recordaban a los de un batracio. Estaban provistos de gruesa cola y Temple se maravilló de verles nadar en las grandes charcas de agua caliente de los pantanos en cuyas proximidades habitaban. Ninguno de ellos hubiera tenido probabilidades de vida en los breves casquetes helados de los Polos. La temperatura era poco agradable para el terrestre. Grandes nubes de vapor se elevaban continuamente hacia las sucias nubes que obscurecían el potente Sol. Temple observo sorprendido que el verde de aquellos seres era la única muestra de aquel color que había podido descubrir en Venus.

Gramrau se mostró en el acto partidario del plan ofensivo contra Anok e inmediatamente despachó emisarios a las tribus vecinas para hacerles participes de lo que se intentaba para derrotar al invasor.

Temple, a quien no agradaba la espera, propuso a Gor que intentaran el rescate de las armas del transporte.

—Los emisarios tardarán aún varios días en volver. ¿Por qué no llegar hasta el lugar del siniestro y recuperar ésas?

—Alguna vez habremos de comenzar. Es cierto.

Al día siguiente, cuando las nubes se tiñeron con el sucio rojo del amanecer, los cincuenta hombres de Sabank, acompañados por cien guerreros verdes, emprendieron la marcha.

El cálculo de Gor no fue erróneo; había predicho que invertirían dos días en el viaje y así fue. Mas el hallazgo de la destrozada aeronave fue violento; los hombres de Anok habían ya localizado el transporte y una facción de unos cuarenta soldados la custodiaban.

La sorpresa actuó en ambos bandos. Mas Temple resolvió la

situación pasando directamente al ataque. Su gesto fue inmediatamente secundado por los suyos y en pocos segundos se entabló la lucha.

Lucha, cuyo resultado favoreció el factor número. La abrumadora superioridad en hombres amilanó a los que defendían la aeronave siniestrada y fue cosa de poco tiempo que se rindieran. .

Gor se dio a conocer a los soldados de Anok. El conocimiento de que el hijo del rey asesinado vivía, causó delirio entre los prisioneros. Como un solo hombre manifestaron su adhesión.

Tal hecho constituía una verdadera fortuna para los guerrilleros, ya que los prisioneros poseían innumerables informas que serian de gran utilidad en el futuro.

Desde aquel momento se entregaron a la tarea de transportar las armas a otro lugar relativamente distante y secreto, con el fin de que si nuevas patrullas enemigas descubrían la aeronave, no coparan el valioso cargamento.

Dos días fueron necesarios para este agotador trabajo. Una semana después de su partida regresaban a los pantanos de Gramrau.

Allí les esperaban agradables noticias. Los caudillos más próximos estaban dispuestos a la alianza. Gramrau anunció que aún no podía saber la respuesta de sus hermanos de las montañas, porque los emisarios no habían tenido tiempo de llegar hasta allí.

De todos modos, la perspectiva era esperanzadora. No obstante, el trabajo de organizar aquel verdadero ejército era algo muy superior a las fuerzas de cien hombres. Las cincuenta mil armas fueron enviadas a sus destinos con una lentitud que exasperaba a Temple. Era preciso actuar de un modo eficaz para que los que aguardaban en Tampla supieran de sus actividades. También era necesario que Anok notase la existencia de la amenaza que se cernía sobre él.

Temple no se dejó engañar a sí mismo ni un solo segundo. No pensó jamás derrotar a Anok con aquel ejército, por muy numeroso que fuera, sino que lo esencial era sembrar la alarma y el desconcierto, retardar la peligrosa ofensiva sobre Tampla.

El oficial que mandaba a los soldados capturados dio la idea al comando. Dijo que a sólo tres días de viaje del lugar en que cayera el transporte había unas gigantescas instalaciones secretas en las que se almacenaba parte importante del combustible de Anok, destinada a las aeronaves de combate con las que pensaba iniciar la batalla de

Tampla.

Él y sus hombres formaban parte de la guarnición que las custodiaba.

—Hay allí mil hombres acantonados — explicó. — Algo más al norte están los grandes campamentos de infantería de dos columnas de reserva, pero no podrían llegar a tiempo de impedir el asalto.

A Temple le relucieron los ojos.

—Una vez dentro del recinto secreto, ¿sabría usted cómo destrozar rápidamente todo aquello? — preguntó.

—No tendría la menor dificultad. Estriba todo precisamente en tomarles por sorpresa. Es imposible.

—No lo será para nosotros — repuso Temple, enardecido—. Simularemos que regresa usted de la misión que le encomendaron. Detrás entraremos nosotros.

—Pero han transcurrido varios días desde entonces. Sospecharán.

—Aunque así sea, no por ello dejarán de franquearle la puerta para saber, qué ha estado usted haciendo desde entonces.

— ¿Y después, cuando descubran la superchería?

—Para entonces ya estaremos luchando con ellos. El resultado dependerá de nosotros mismos, no de ellos. Gor, será necesario hacer cuatro viajes en el cohete. Seremos doscientos los que asaltaremos esos depósitos de combustible. Anok va a sentir sobre su flanco nuestro primer zarpazo.

* * *

Casi sumergidos en el pantano de aguas tibias y ocultos por las gruesas cañas rojas de hojas gigantes, Temple y los otros vieron marchar al oficial y los treinta supervivientes.

A última hora cruzó por la mente del «ranger» la idea de que aquel hombre pudiera traicionarle. Si así sucedía, quedarían a merced del enemigo. Apretó con fuerza la voluminosa pistola venusiana y trató de desechar tan fúnebre idea.

El recinto de las instalaciones era vastísimo y estaba circundado por un muro de más de tres metros de altura, que debió ser la antigua muralla de una ciudad de los Hombres Verdes.

Ganir, el oficial, había llegado ya ante el portón, que comenzaba a abrirse. Del interior salieron algunas fuerzas armadas, que rodearon a los recién llegados. Y en aquel instante estalló la refriega. Ganir y los suyos arremetieron contra los centinelas y penetraron en el reducto, abriendo las puertas de par en par.

Temple, chorreando agua y cieno, saltó hacia adelante con la agilidad de un puma. Gor le imitó, con mayor pesadez de movimientos, pero corriendo con todas sus fuerzas. Cada cual abandonó su escondite y corrió hacia la entrada. Los Hombres Verdes lanzaban al correr agudos chillidos, semejantes al de las gaviotas.

Temple alcanzó pronto a Ganir y le ordenó:

— ¡Usted y sus hombres ocúpense de adquirir lo necesario para destruir cuanto tenga importancia vital! ¡Nosotros nos ocuparemos de contrarrestar la resistencia!

Ganir se desplazó hacia la derecha, en cuya dirección Temple descubrió inmediatamente los gigantescos depósitos. Gor y los demás ya habían llegado y hacían frente a los primeros soldados que llegaban para repeler el inesperado ataque.

Los Hombres Verdes parecían diablos en el combate. Atacaban con un denuedo admirable. Todos ellos iban armados con las pistolas venusianas, pero observó que en el asalto empleaban granadas de un explosivo semejante a la dinamita.

El combate fue sangriento a medida que transcurría el tiempo. Temple, cegado por la lucha, guerreaba sin descanso.

Desde una construcción metálica comenzó a disparar un cañón desintegrador de ligero calibre. Los fieros Hombres Verdes fueron sus principales víctimas.

Temple estaba en una situación privilegiada para atacar el «Bunker» metálico. No dudó ni un instante. Arrastrándose como una serpiente, avanzó hacia él.

De pronto vio que un Hombre Verde corría hacia su mismo objetivo. Avanzaba a pecho descubierto, con temeraria audacia. Ya próximo a la abertura rectangular por la que asomaba el cañón, lanzó una de aquellas granadas hacia el interior. En el mismo momento

desapareció fulminado por un certero disparo. Su granada no llegó a penetrar en la abertura, pero estalló a escasa distancia de ella.

Temple aprovechó la coyuntura para levantarse y echar a correr con gran velocidad. Sin asomarse, disparó repetidas veces hacia el interior del «bunker» y se dejó caer al suelo, debajo exactamente del cañón. El silencio prolongado le dio a entender que su ataque había sido fulminante.

Con todo, volvió a hacer varios disparos más. Tuvo que recoger el arma de un cadáver, pues la suya, a pesar de su aprovisionamiento prolongado, estaba ya descargada.

Casi tropezó con Ganir.

—Ya está todo preparado para hacer que estallen los depósitos — gritó éste—. Nadie nos molestó en nuestro trabajo, y no es posible que se hayan enterado de la maniobra. Tenemos escasos momentos para escapar de aquí.

— ¿Está plenamente convencido de que el enemigo no ha podido comprender cuál es el verdadero fin de este ataque? —preguntó Temple.

—En efecto. No lo sabrán nunca... ni nosotros podremos contarlo si no aprovechamos bien el tiempo.

—Está bien, retirémonos ya.

La consigna recorrió las filas rebeldes como un reguero de pólvora. Antes de la escaramuza se les aleccionó para cuando llegara este instante. Cada cual habría de valerse por sus propios medios y llegar hasta el punto en que debían reorganizarse para dirigirse a la aeronave.

Mas la situación cambió como por ensalmo. Pasada la sorpresa que produjo el audaz ataque relámpago, los defensores ocupaban posiciones y las armas de disparo múltiple entraron en acción.

El desconcierto fue grande entre los que trataban de huir de la encerrona. Temple veía caer en torno a si a los valerosos Hombres Verdes. Él mismo luchaba con denuedo, intentando multiplicarse, pero el resultado iba a ser el mismo que si hubiera querido enfrentarse a mano limpia con un elefante.

Gor le alcanzó ya próximo a la puerta.

— ¡Han caído nuestros mejores!—gritó Gor—. ¡Vámonos de aquí

cuanto antes! Apenas seremos más de cincuenta los supervivientes.

Al norteamericano se le hizo un nudo en la garganta. ¡Cincuenta supervivientes, y fueron doscientos los que comenzaron la acción! Invadido por la furia avanzó en dirección contraria a la de la puerta. La proximidad del enemigo era ya tal, que pronto se haría necesaria la lucha cuerpo a cuerpo.

Temple apenas veía, tanto era su encono. De improviso un vehículo pesado pasó por su lado y se sintió cogido por varios brazos, que tiraron de él. Fue arrastrado durante algún trecho, pero a poco le izaron y Temple casi dejó de oír los estampidos de la lucha. Miró en torno de sí. El sonriente rostro de Ganir le saludó.

—Fue una verdadera suerte que uno de mis hombres le descubriera entre la refriega; estaba completamente rodeado de enemigos.

— ¡Gracias!—dijo Temple—. ¿Qué ha sido de los otros?

El rostro de Ganir se ensombreció.

—Somos muy pocos los que hemos logrado evadirnos de esa trampa mortal.

— ¿Hemos podido abandonar el reducto? — preguntó Temple.

—Hace pocos segundos — respondió Ganir—. Si se asoma por esa mirilla, verá en primer término el «blanta» en que viaja Gor, a quien logramos salvar también milagrosamente, junto con una docena de Hombres Verdes; más allá queda el reducto de las instalaciones de combustible.

— ¿Todavía intactas? — preguntó Temple con estupor

—Por poco tiempo. Pronto sobrevendrá el estallido. Voy a ordenar que fuercen la marcha de los vehículos, no por temor a la persecución, pues mis hombres averiaron el resto de los «blanta», sino porque no quiero estar cerca cuando se produzca la explosión.

Desde aquel momento Temple no estuvo pendiente de otra cosa que del tiempo. Pensaba en los ciento cincuenta hombres sacrificados en el asalto y la posibilidad de que aquel acto no sirviera de nada. Era muy posible que el enemigo hubiera sospechado la causa del asalto y localizado los artefactos preparados por Ganir y los suyos.

— ¿No cree Ganir, que la explosión debiera haberse producido ya? — preguntó.

Los grandes ojos redondos del venusiano le miraron de hito en hito. Sólo hubo un ligero parpadeo antes de decir;

—Ya puede tardar poco tiempo — hizo una pausa—. Si la explosión no se produjera, yo mismo... — no dijo nada más.

—Sería terrible — comentó Temple.

Permanecieron en silencio, sentados sobre el suelo, ignorantes de cuanto sucedía en el exterior, mirando por las estrechas mirillas sólo de vez en cuando.

Ambos hombres cruzaban entre sí nerviosas miradas. La situación comenzaba a resultar violenta.

—Ganir... — comenzó Temple.

Mas no pudo acabar de hablar; una inenarrable detonación fue escuchada dentro del gran vehículo blindado. La formidable onda expansiva que se sucedió casi inmediatamente privó momentáneamente de la respiración a cuantos ocupaban el «blanta».

Ganir y Temple se abalanzaron hacia la mirilla. Allá, hacia donde había estado emplazado el reducto de la ciudad abandonada y convertido en el mayor depósito de combustible para la ofensiva de Anok, se alzaba un formidable chorro de fuego, que amenazaba alcanzar los amarillentos nubarrones a los que teñía de trágico arrebol.

Temple abrazó a Ganir.

— ¡Hemos dado nuestro primer zarpazo al poderío de Anok!

CAPÍTULO VIII



A llegada al poblado de Gramrau resultó dramática. Ni la fabulosa victoria obtenida fue suficiente para paliar el dolor de las pérdidas humanas.

—Ha sido un balance trágico — respondió Gramrau al conocer la noticia.

—También han muertos hombres de Sabank y súbditos de Gor, Gramrau.

Temple sabía perfectamente cuál era el estado de ánimo del caudillo verde y el de su pueblo. Sabía, igualmente, que la moral de los bravos guerreros quedaría destrozada si recibían un nuevo golpe como aquel.

Desde el lejano pantano de los Hombres Verdes pedía verse el

cielo iluminado por el lejano incendio, que recordaba la reciente victoria. Aquella gigantesca antorcha aún brillaría mucho tiempo, alentándoles en la lucha.

Gor quedó encargado de comunicar la noticia a Tampla y consultar opiniones. Aquel golpe maestro maravilló al Estado Mayor de Glau. A nadie escapaba que tal acontecimiento obligaba a Anok a retrasar tu temida ofensiva en más de tres meses venusianos. Aquello suponía la reorganización de los dispersos ejércitos de Grau y tiempo para actuar los guerrilleros.

Temple estimó que el poblado de Gramrau debía ser abandonado por sus moradores y emigrar a otros pantanos más distantes. La represalia de las fuerzas de Anok no tardaría, tal decisión fue comunicada a Tampla. Y aquella misma noche los dos mil seres que animaban el pantano de calientes aguas marcharon hacia el norte.

Cuantos poblados de Hombres Verdes eran rebasados se unían a los fugitivos, todos aquellos guerreros, no menos de tres mil, estaban armados con los pertrechos que trajeran desde Tampla, iría un pequeño ejército, capaz de asaltar cualquier acuartelamiento de soldados regulares de Anok, pero Temple no quería exponerse a un nuevo tropiezo que destruyera la belicosidad de los Hombres Verdes. Tres días más tarde las avanzadillas regresaron, comunicando que estaban próximos a una región montañosa, en la que podían hacerse inexpugnables, el terrestre forzó la marcha para llegar cuanto antes a ella. A partir de aquel momento comenzaron a aparecer aeronaves de reconocimiento enemigas que por el momento se limitaron a vigilar la marcha del pequeño ejército.

—Pronto tendremos sobro nosotros a los soldados de Anok—comentó Gor—. Si no alcanzamos pronto esas montañas, tendremos que hacer trente a sus tropas, que enviará en aeronaves.

—Esperemos llegar antes de que eso suceda — respondió Temple.

—En efecto; alcanzaron las primeras estribaciones antes de que el enemigo hiciera acto de presencia. Reconocido el terreno en que habrían de desenvolverse, Temple observó con regocijo interior que se prestaba a la emboscada y la sorpresa. Largos y angostos desfiladeros facultaban la labor de defensa.

Las tribus de Hombres Verdes se desparramaron por riscos y crestas y se montó un perfecto sistema de vigilancia. La aeronave que les trajo desde Tampla vigilaba siempre que la presencia de mayor

número de naves enemigas no lo impedía.

Al fin sobrevino la alerta. Una formidable columna enemiga estaba siendo desembarcada de grandes aeronaves de transporte, a poca distancia de las montañas. La infantería iba pertrechada con gran lujo de armamento de asalto. Las descubiertas llegaban anunciando que, incluso, traían consigo artillería. Temple sonrió para sus adentros. No imaginaba qué creía el enemigo que iba a poder hacer con ella.

Prontamente trazó el plan de combate. Gor era partidario de aguardar a que el enemigo iniciase el asalto a las montañas.

—No esperaremos tanto — arguyó Temple—. Eso supondría tal vez demasiado tiempo. Saldremos a su encuentro.

—Son cerca de dos mil hombres, con gran lujo de armamento, mientras que nosotros no tenemos más que armas cortas, que nos obligarán a aproximarnos a ellos.

—Saldremos a su encuentro — repitió Temple—, pero no será necesario que lleguemos a hacerles frente, únicamente deseo tender un cebo al jefe de esas fuerzas. Es necesario que carguen sobre nosotros y nos persigan «precisamente» por el desfiladero que nosotros queramos.

Gor sonrió.

—Comprendido.

—Sí; luego intentaremos desarticularlos — prosiguió Temple —. Es muy posible que en la lucha no tengamos ninguna necesidad de emplear nuestras armas.

Al comenzar el día siguiente el enemigo aún no había cesado en su labor de desembarco. Temple, al mando de mil hombres, llegó casi hasta la llanura, No adoptaron ninguna clase de medidas, de precaución, pues le interesaba esencialmente que el enemigo supiera de su presencia. Destacó a seiscientos Hombres Verdes en las crestas y partes altas de los riscos, mientras que él, con los cuatrocientos restantes, bajaba hasta la entrada del amplio desfiladero que se adentraba en el corazón de las montañas. Allí permanecían ocultos los dos «blantas» capturados y que ahora era preciso sacrificar.

Como si realmente estuvieran decididos a atacar el campamento, avanzaron hacia el enemigo. El nerviosismo del enemigo debía de ser mucho, porque casi inmediatamente se organizó un fuerte fuego de

artillería, que obligó a replegarse a los atacantes hasta el punto de partida.

Cuando cesó el fuego, Temple ordenó otra salida. Marchaban los «blantas» en cabeza y tras ellos los Hombres Verdes, con su jefe a la cabeza. Nueva actuación de la artillería enemiga y otro repliegue de los asaltantes. Pero el enemigo debió encolerizarle la descarada insinuación de aquel puñado de audaces, porque del campamento se destacó una unidad de infantería.

Temple calculó que no serían muchos más de seiscientos, pero iban protegidos por «blantas», cuyos pequeños cañones escupían peligrosas lenguas de fuego desintegrador. Las rocas se resquebrajaban con los impactos.

El terrestre ordenó el repliegue hacia el interior de la garganta. El enemigo no era lo suficientemente numeroso como para llevar a cabo la batalla decisiva; el destrozar aquella unidad sería motivo para que el grueso del ejército sitiador se decidiera al ataque.

Los «blantas» enemigos se situaren frente a la amplia entrada del desfiladero, hostigando desde allí a los que ocupaban los lugares elevados. La infantería cargó sobre el grupo de Temple, los cuales, siempre obedientes a la consigna de éste, continuaron huyendo y ascendiendo por las escarpaduras. Después sucedió todo con demasiada rapidez para que los soldados de Anok pudieran reaccionar con éxito. Los seiscientos hombres apostados en las alturas descendieron hacia el desfiladero.

Las primitivas granadas de los Hombres Verdes mostraron su eficacia en aquella ocasión. La terrible matanza horripiló al propio Temple. Los guerreros verdes lanzaban al aire su grito victorioso de guerra, borrachos de aquel espectacular triunfo.

Temple, contagiado en parte también, llevó su audacia hasta el extremo de volver a la salida del desfiladero, para destruir a los «blantas» enemigos. La sorpresa le valió el triunfo nuevamente, y los estupefactos soldados de Anok contemplaron cómo eran destruidos sus carros de asalto.

El campamento entero pareció ponerse en marcha. Temple sonrió satisfecho. Los acontecimientos comenzaban a desarrollarse tal como estaban concebidos de antemano. Despachó a dos hombres para que avisaran a Gor de que la batalla iba a darse.

Veinte hombres designados de antemano caminaron hacia la retaguardia, para preparar las cargas explosivas que al estallar

enviarían al fondo del desfiladero toneladas de rocas. Idéntica operación comenzaría a realizarse en toda la garganta rocosa, en el trayecto de kilómetro y medio.

Y Temple esperó. Esperar en aquellas condiciones, cuando un verdadero ejército pertrechado con poderosas y desconocidas armas avanzaba a paso de asalto, desde una distancia inferior a los dos kilómetros, era algo que hacía estremecer al más esforzado.

Desde el primer momento los cañones abrieron su mortífero fuego sobre las montañas.

El terrestre ordenó que el grueso de sus hombres se retirara hasta las posiciones ocupadas por Gor y el resto del ejército de los Hombres Verdes.

Más tarde, ante la inminencia del peligro, él mismo fue retrocediendo, sin perder de vista los movimientos del enemigo, que, incautamente, se adentraba en el desfiladero, en una inútil tentativa de tomar contacto con aquel ejército fantasma, que huía sin presentar batalla, bien protegido por los accidentes rocosos.

Cuando Temple se convenció de que el enemigo no desistía de la caza, buscó las alturas. Media hora más tarde oyó la primera explosión, que indicaba que los primeros barrenos habían estallado y enviado al fondo del profundo barranco su carga de rocas.

Se sucedieron nuevos estallidos. ¡El enemigo estaba virtualmente vencido, sin lucha!

En efecto, las rocas desprendidas habían obturado el desfiladero por puntos estratégicos, que desmembraban al enemigo, que, obligado por la angostura del paso natural, se había visto en la precisión de avanzar amoldándose a los accidentes del terreno.

Tres mil demonios verdes asomaron por las crestas de los riscos, arrojando sus granadas, mucho más eficaces, en aquella ocasión, que los mortíferos rayos desintegradores.

Los soldados de Anok se rindieron sin lucha. Pero el triunfo traía consigo un grave problema para los vencedores. Desarmar a los prisioneros y vigilarlos iba a entorpecer el desenvolvimiento del modesto ejército de guerrilleros, sin más avituallamiento o intendencia que la que ellos mismos se procuraban.

Gor y Temple conferenciaron.

—No sé cuál pueda ser la solución más acertada — decía Temple

—. Confieso que ni por un momento había pensado en este desenlace.

—Podemos pedir ayuda a Tampla.

—Es nuestra única solución — reconoció el terrestre—. Pero el enemigo debe contar con su intendencia propia. Hablaremos con el jefe enemigo.

Gor dio las órdenes oportunas para que se le trajera.

Era un venusiano de edad madura y lucía sobre su destrozado uniforme las insignias de general. Apenas su silueta rechoncha se recortó a contraluz en el dintel de la chabola, Gor se puso en pie, lanzando un grito:

— ¡General Kraia!

El militar se mostró sorprendido, pero sus ojos no se habían acostumbrado a la penumbra interior. Avanzó unos pasos y exclamó a su vez:

— ¡Gor! ¿Es posible?

Ambos se unieron en un abrazo.

—Si habéis sido quien me ha derrotado, me considero honrado. Jamás tolerarla la idea de que habían sido estos salvajes Hombres Verdes.

—No fueron ellos ni yo — respondió Gor —. General Kraia, os venció el cerebro de un crayano. Temple, mi hermano.

Kraia reparó por primera vez en el norteamericano. Por todo comentarlo dijo:

—También en eso ha mentido Anok. Aseguró que habías muerto en los casquetes helados, de regreso de tu viaje a Craya.

—Él, sí que intentó que tal fuera lo cierto — respondió Gor, cuyas pupilas violeta brillaban intensamente—. No satisfecho con asesinar a Gomba, mi padre, quiso hacer lo mismo conmigo. Debió cuidar más este detalle.

— ¿Del lado de quién estás tú, Kraia?

—El golpe de Anok fue tan certero y rápido que nos ha impedido reaccionar tal y como debiéramos haberlo hecho. A la muerte de Gomba era a ti a quien correspondía la jefatura de Kartos. Pero, desaparecido tú también, era necio arriesgarse por algo que ya no

existía. Tú presencia cambiarla las cosas en Kartos; todos odian a Anok por su crueldad y esperan el momento propicio para deshacerse de él.

—De todos modos — respondió Gor—, el hombre leal ha de serlo en cualquier circunstancia.

Kraia abatió la cabeza, sus orejas colgaron más fláccidas si cabe.

—Soy merecedor de todos tus reproches — respondió—. Pero aún puedo serte útil para recuperar tu puesto y llevar la paz a todo Kartos. Esta estúpida guerra no es popular entre los nuestros.

Temple terció en la conversación.

— ¿Podemos contar igualmente con la lealtad de sus soldados, general Kraia?

El aludido miró con sorpresa al terrestre. El hecho de que hablara su propio idioma le había sorprendido.

— ¡Sí!— respondió—. Bastará con que sepan que Gor está con ellos.

Con los ojos interrogó a Gor. Éste sonrió.

—Si, Kraia — contestó—. Mi hermano terrestre es un gran jefe, incluso para Glau. Su presencia entre nosotros ha sido providencial. ¿Oíste hablar del asalto a los grandes depósitos de combustible? Él fue quien proyectó semejante proeza.

—No se habla de otra cosa. Ha constituido el más fuerte golpe para el orgullo de Anok. Tan afortunada acción ha dado al traste con los proyectos del asesino de asaltar Tampla y aniquilar a Glau.

Hubo un silencio embarazoso, que rompió Temple…

—La adhesión del general Kraia —dijo —cambia totalmente la situación. Ha llegado el momento de que Tampla envíe armas y oficiales que organicen a los Hombres Verdes. La victoria de hoy les decidirá a la lucha abierta. Hemos logrado otro frente y la contienda se estabilizara. Nosotros hemos marcado la pauta a seguir; otros deberán imitarnos en todo Venus.

Tal como Temple había dicho, llegaron refuerzos de Tampla. Prontamente se alzo una ciudad militar en las estribaciones de las montanas en que fue capturado el generar Kraia. Gran cantidad de dispositivos llegaron desde Sabank.

El frente combate estaba ya lejos de allí. Temple se había visto convertido de pronto en el comandante supremo de aquel sector. Y esto era más de lo que podía soportar, jamás había sentido inclinación por los puestos administrativos. Aquel sosiego lleno de formulismos y documentos no le agradaba.

Cierto día recibió una agradable visita. Von Heine y Siegen llegaban desde Tampla.

El norteamericano demostró su satisfacción.

—Debo felicitarle a usted por su labor, Temple — dijo Von Heine—. Es usted el ídolo de Sabank, gloria que comparte conjuntamente con Gor. Ahora comprendo cómo lograron asaltar nuestra base secreta, allá en Alemania. Con tal decisión y arrojo, temo por el resultado de nuestra guerra terrestre.

—Olvidemos eso, Von Heine. Ahora comprendo lo estéril de una guerra como la nuestra. Para nosotros existe ya la paz y hemos de procurar que nuestros amigos la tengan pronto.

—Participo de su opinión. Ahora debo decirle qua traigo un obsequio para usted.

— ¿Para mí?

—Vino con nosotros desde Tampla.

—No sé de qué pueda tratarse. No me tengan sobre ascuas; digan de una vez qué es.

—Ahora lo sabrá; aguarde ahí fuera.

Siegen llegó hasta la puerta e hizo una seña a alguien que aguardaba fuera.

La deliciosa silueta de Lut apareció en el vano de la puerta.

— ¡Lut!

Von Heine y Siegen desaparecieron rápidamente. Temple se acercó a la muchacha.

—Pero...

— ¿Le desagrada al gran guerrero de Craya tenerme junto a él?

— ¿A quién se le ocurriría pensar eso...? Pero, ¿quién te enseñó a hablar mi lengua?

—Uno de los terrestres que, aun no siendo de tu país, habla como tú. No ha sido difícil. Contigo hubiera aprendido en menos tiempo.

—Pero no sé cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí. Los peligros de la guerra están cerca, no me perdonaría que te sucediera algo. Si tu padre supiera que has venido...

—No sólo lo sabe, sino que intentó disuadirme del viaje, porque sabía que no iba a ser de tu agrado. ¡Soy tan horrible! Mis ojos pequeños y rasgados, mis orejas diminutas que no sólo no cuelgan con gracia, sino que apenas si se advierten... —no pudo seguir hablando; los sollozos ahogaron su voz.

Temple trató de consolarla.

—No os comprendo, Lut — dijo—. No sólo no te considero poco agraciada, sino que estoy enamorado de ti.

—No mientas, guerrero. Sé que mis labios no son gruesos como los de otras mujeres. Soy alta y no tengo la redondez de ellas, mis piernas son largas en vez de cortas y gruesas como las de las otras. ¿Cómo podrías quererme, gran guerrero?

—Quizá por todas esas cosas.

La presencia de Lut en el campamento hizo más agradables las horas de Temple. Mas pasaron los días y Temple sintió la necesidad de abreviar la contienda. Los acontecimientos se desarrollaron con gran celeridad durante los primeros días, pero la guerra se había estacionado. Las grandes maquinas de destrucción hacían estragos en los dos bandos.

Cierto día reunió a Gor y al generar Kraia.

—Les he llamado — dijo cuando les tuvo ante sí —porque durante algún tiempo estoy dándole vueltas a un plan que puede precipitar el final de la guerra.

— ¿Cuál es? — preguntó Gor.

—Es tan audaz que siento cierto rubor de exponerlo. Lo concebí el primer día que conocí al general Kraia, pero jamás quise pensar demasiado en él. Pero podría dar un magnífico resultado.

Con tanto rodeo no lograrás más que intrigarnos— dijo Gor, mirándole con fijeza a los ojos.

—Seré explícito, Gor. No es necesario que explores mí cerebro. Si es cierto que Anok no goza de ninguna simpatía entre los que le rodean, si lo es también que esta guerra no es popular entre los Habitantes de Kartos y que sus generales esperan el momento propicio para derrocarle, ¿por qué no precipitar nosotros ese momento?

La sorpresa inmovilizó a los otros.

— ¿Cómo? —preguntó Kraia.

—Yendo hasta Anok — respondió Temple en el tono más tranquilo y sosegado que jamás empleara.

La idea, aunque descabellada, era convincente, e hizo mella en sus oyentes.

—Indudablemente — respondió Kraia —, sería definitivo. La presencia de Gor decidiría a los más remisos. Anok sería aniquilado sin lucha.

Gor meditaba. Luego miró a sus dos amigos.

—Vale la pena correr el riesgo —dijo al fin.

Los preparativos del viaje a Selan, capital de Kartos, se llevaron dentro del mayor secreto. Nadie estaba enterado de él, sino los tres que lo planearan, y Ganir, a quien se le comunicó por su probada fidelidad. Ni siquiera Lut lo sabía.

Y así, diez días más tarde despegaron en el estilete volador, rumbo a Selan. Habían planeado el viaje con todo lujo de detalles y todo estaba previsto. El vuelo duraría tres días e iban pertrechados para el combate. Mas el vuelo se realizó en inmejorables condiciones. Sólo el tercer día tuvieron un encuentro con tres pesadas aeronaves de guerra, que pronto quedaron atrás, al no poder competir en velocidad con el raudo avión,

Gor evitó volar sobre Selan, pues los distintivos de Sabank del aparato serían fácilmente identificados por los antiaéreos de la populosa ciudad. Pese a todas estas precauciones les fueron hechos varios disparos desde una ciudad próxima a la capital.

Gor llevó la aeronave hasta una zona desértica próxima a Selan. En ella la abandonaron y caminando llegaron hasta la carretera que conducía a la ciudad. La presencia del general Kraia les valió el que un vehículo civil les transportara hasta Selan. Mas la presencia del terrestre llamó necesariamente la atención del conductor del vehículo.

Ya en Selan fueron hasta el domicilio del general Kraia, donde quedó prisionero el propietario del deslizador que les había llevado hasta allí.

La familia del general Kraia les informó de lo que sucedía en el palacio de Anok. El hijo mayor de Kraia era oficial de la guardia y les aseguró la entrada para el día siguiente. Naturalmente surgía el inconveniente de la desusada talla del terrestre, pero convinieron que, bien embozado en una capa, y procurando disimular su altura, podría pasar desapercibido. Una vez dentro del palacio no sería necesario ocultarse por más tiempo.

Precisamente para el día siguiente Anok había convocado a sus generales. Eran las primeras horas de la tarde cuando los cuatro hombres salieron de la casa del general Kraia en un vehículo cerrado. El fuerte calor hacía que las calles permaneciesen casi desiertas. Los centinelas del enorme edificio del palacio hacían perezosamente su guardia.

El propio hijo de Kraia les recibió y condujo hasta lugar en que pudiera abandonar el deslizador sin despertar sospechas. Luego les llevó a un refugio seguro y próximo a la sala en que Anok se reuniría con los suyos.

Las horas transcurrieron lentas. Al fin volvió el hijo de Kraia.

—Estén preparados — avisó—. Anok está reunido con sus consejeros desde hace algunos minutos. Volveré en seguida, en cuanto el camino esté expedito.

Apenas desapareció, los que aguardaban prepararon sus armas.

Poco más tarde volvió a abrirse la puerta y Tam, el hijo de Kraia, hizo señas de que podían salir.

Avanzaron por un corredor desierto por el que desembocaron a una plazoleta. Casi enfrente de ellos estaba la gran puerta de la Sala Real; seis soldados armados montaban la guardia.

Kraia avanzó hacia ellos con gesto normal. Apenas fue divisado el grupo, uno de los soldados les salió al encuentro.

—Lo siento, señor — dijo—. El paso está prohibido...

Entonces reparó en Temple. Fue a lanzar un grito, pero Ganir disparó a quemarropa. Los otros cinco no pudieron reaccionar. Ante la amenaza de las armas arrojaron al suelo las suyas.

—Entrad ahí — ordenó Gor, señalando la gran puerta.

Los soldados se mostraron remisos, pero el propio Gor abrió violentamente la puerta y les obligó a entrar.

Los que permanecían en el interior mostraron su sorpresa.

Anok, que presidía la larga mesa, se puso en pie con gesto descompuesto.

— ¿Quién se atreve a penetrar así en mis dependencias? — gritó.

Le contestó un grito vibrante:

— ¡Yo, Gor, hijo de Gomba!

Hubo revuelo en la sala. Los que permanecían vueltos de espaldas a la puerta derribaron sus sillas al ponerse en pie.

Anok había perdido su color cobrizo y otro, ceniciento, enmascaraba su rostro.

— ¡Prendedlos!—gritó a la guardia que se alineaba tras él.

Una docena de soldados avanzó en disposición de atacar. Temple dio un salto hacia adelante.

— ¡Antes de que eso ocurra habréis muerto muchos de vosotros! ¡Atrás!

La presencia del terrestre impuso a los venusianos con el peculiar respeto inherente a lo desconocido.

— ¿Quién eres tú, extraño ser, que hablas nuestro idioma? — preguntó Anok. .

— ¿Qué importancia puede tener quién sea? Bástate saber que apoyo al legítimo rey de Hartos.

— ¡Matadle!—gritó Anok.

Temple fue más rápido que los soldados. Los rayos de su pistola abatieron a los primeros; el resto abandonó las armas.

Gor llegó hasta Anok.

—Ha llegado la hora de pagar todos tus crímenes, Anok — dijo con voz trémula. Luego, volviéndose hacia los reunidos, dijo—: Los que me sean fieles están a tiempo de venir conmigo. Después será

tarde.

—Todos estamos contigo, Gor—dijo un anciano—. Te creíamos muerto. Pero ahora que descubrimos nuestro error, no aceptaremos como rey a Anok. Ahora podemos librarnos de su tiranía.

Anok temblaba de terror; toda su crueldad se había convertido en pavor.

— ¡Tengo derecho al saphan!—gritó.

— ¿Desde cuándo un asesino tuvo tal privilegio? — intervino Kraia—. Todos sabemos que asesinaste a Gomba con tus propias manos.

—No importa —dijo Gor—, Acepto el reto.

—Eso es una locura — volvió a decir Kraia —. No debes exponerte, ahora que Kartos te necesita más que nunca. Anok debe ser ajusticiado.

—Es mi voluntad. Me lo exige el cariño que profesaba a mi padre.

— ¿Qué es el saphan? — preguntó Temple.

—El Juego de la Muerte. Los dos contendientes que disputan el saphan penetran en un laberinto plagado de peligros. Cuando se encuentran se produce la lucha y la muerte de uno de los dos.

Anok inició la marcha, custodiado por varios adictos de Gor. De improviso, al llegar junto a Gor, se abalanzó sobre él, armado con una daga que sepultó en la espalda del príncipe. Iba a descargar una nueva puñalada, pero Temple le asió por la muñeca.

Con verdadera furia retorció aquel brazo, hasta que Anok lanzó un lastimero quejido. Hubo un movimiento general contra el traidor; el propio Kraia alzó su mano armada para castigar al tirano. Temple detuvo a todos con un grito.

— ¡Nadie debe matarlo a sangre fría! ¡Ved si aún vive Gor!

—Gor vive—respondió uno de los que le asistían—. Afortunadamente la puñalada no tendrá mayores consecuencias que la pérdida de sangre. Llamad a Piisak, el médico.

Entre varios alzaron al herido y lo llevaron fuera.

—Id con él —dijo Temple a Ganir—, Estaré más tranquilo

sabiendo que le protege alguien que le es fiel.

Aún mantenía sujeta la muñeca de Anok. Los presentes tenían puesta en él la mirada. Kraia habló:

—Anok debe purgar sus crímenes. Lo exige la paz de Kartos.

—No me opongo a ello. Se cumplirá la voluntad de Gor.

— ¿Qué quieres decir, terrestre?

—Anok y yo iremos al saphan.

— ¿Qué locura es ésa? El saphan es algo que no merece este traidor. Ni tú estás en condiciones para disputarlo con Anok. Tendrás que luchar con él sin más armas que un cuchillo, dentro de un laberinto plagado de trampas y peligros.

—No importa.

— ¿Tendrás suficiente destreza con el puñal como para oponerte a Anok? Piensa que Kartos te está reconocido por tu valioso comportamiento. ¿Vas a exponerte por un traidor?

—Estoy decidido.

Anok curvó sus labios en una mueca cruel. Si mataba al terrestre, tendría derecho al destierro. Y pocos como él sabían manejar el puñal.

La noticia de la celebración del saphan recorrió palacio. Cuantas personas pudieron hacerlo, marcharon hacia el laberinto de la muerte.

Era éste un edificio de una sola planta rectangular sin ninguna ventana. Solamente dos puertas. Ambos contendientes recibieron un corto machete de pesada empuñadura. Con gran ceremonia se sortearon las entradas. Hecho esto, el jefe de más edad indicó que el juego comenzaba.

Cada uno de los contendientes debía entrar por la puerta que le correspondió en el sorteo.

Ninguno de los dos sabía en qué consistían los peligros, pues siempre se variaban por el encargado de preparar el saphan, que inmediatamente después de su labor pasaba a una cámara hermética, cuyas puertas eran precintadas hasta después del juego, a fin de evitar que pudiera prevenir a cualquiera de los contendientes. Para que la lucha fuera más noble se procedía al sorteo de las entradas.

Temple, empuñando con fuerza el machete, avanzó por el túnel que se abría ante él. Éste estaba iluminado a trechos por lámparas cuya luz no disipaba las tinieblas por completo. El túnel se quebraba en mil direcciones, constituyendo un verdadero laberinto. El eco de sus pisadas parecía saltar de una pared a otra, reproduciéndose docenas de veces.

Avanzó lentamente, siempre alerta al menor ruido localizadle y a lo que le rodeaba. La tensión nerviosa aumentó a medida que el tiempo transcurría sin que nada sucediese.

De súbito, al torcer un violento recodo hubo de agarrarse con ambas manos a la esquina de piedra para no caer en un oscuro foso, en el fondo del cual creyó descubrir agua. En el profundo silencio casi pudo escuchar el acelerado latir de su corazón. Y entonces pudo escuchar claramente el ruido de las pisadas de Anok, confundidas en mil ecos distintos.

Un encuentro en aquel terreno no podía favorecerlo; era preciso buscar terreno firme donde luchar si era sorprendido. Para seguir avanzando tenía que caminar por sobre una estrecha cornisa de piedra que bordeaba el foso.

Temple rogó que no fuera descubierto en aquel trance; pero llegó al terreno despejado sin que Anok hubiera aparecido. Temple permaneció quieto para escuchar las pisadas de su enemigo; pudo oírlas casi con claridad.

Apretó la empuñadura del machete entre sus dedos y siguió avanzando con cautela. De pronto notó Que pisaba una plancha metálica. Inmediatamente estalló el feroz repiqueteo de un timbre.

Temple comprendió que aquello delataría su presencia y echó a correr con el deseo de sorprender a su adversario. Una ramificación del túnel se abría a su izquierda. Se introdujo ahí.

Apenas había avanzado varios pasos cuando sus pies se trabaron en una cuerda tensa, que le hizo caer de bruces. A un metro escaso de su cabeza cayó con sordo ruido un panel metálico que obturó el túnel, impidiéndole el avance.

Consciente del peligro en que se hallaba se puso en pie rápidamente. Debía salir de aquel callejón sin salida.

Casi topó con Anok, que asustado por la súbita presencia del terrestre, lanzo un fuerte chillido y retrocedió torpemente. Casi sin detenerse hizo mención de lanzar su cuchillo. Temple trató de

adelantársele, con la rapidez que le concedía su profundo entrenamiento de comando.

—Mas, entonces sucedió algo difícil de narrar por el veloz desarrollo de las situaciones.

Anok en su retroceso debió rozar algún resorte que hizo correr el piso sobre el que se afirmaba Temple, el cual vio perdido su equilibrio en el preciso momento que lanzaba su cuchillo, librándose al mismo tiempo del de Anok. Mas el puñal del terrestre fue a hundirse en un muslo de su enemigo. Mientras tanto, Temple, en su caída, logró asirse con ambas manos a la plataforma deslizada. A sus pies quedaba el vacío.

Hizo un desesperado esfuerzo para izarse pero no consiguió otra cosa que asentar el pie en un saliente, con lo que su situación, aunque desesperada, mejoraba notablemente.

Oyó la brutal carcajada de Anok, que avanzó arrastrando su pierna herida. No pudo verle hasta que estuvo sobre él. Comprendió inmediatamente que iba a pisotearle los dedos para que se desplomara sobre el desconocido peligro. Anok parecía gozar con aquella situación. No se precipitó; podía tomarse cuanto tiempo quisiera para asegurarse de que su golpe era el definitivo.

Se apoyó sobre la pierna herida, pegando el hombro a la pared y alzó el otro pie. Temple sabía lo que sucedería después. Por eso poco importaba jugarlo todo a una sola carta.

Reuniendo todas sus fuerzas hizo palanca en el saliente en que apoyaba el pie y soltó una de sus manos.

Un rugido de alegría brotó de su garganta al notar que sus dedos apresaban el tobillo de Anok. Tiró con energía.

Anok, incapaz de mantenerse sobre la pierna herida, cayó hacia adelante.

Un terrible rugido llegó desde el fondo, acompañando al ruido sordo de la caída. Temple no quiso mirar hacia abajo. Libre de su enemigo comenzó la laboriosa tarea de izarse. En dos ocasiones estuvo a punto de ir junto al desventurado Anok.

Cuando al fin logró estar a salvo se dejó caer en el suelo.

Vencida la crisis nerviosa, quiso saber cuál había sido la suerte de Anok. Se asomó al hueco y no pudo reprimir una exclamación de horror al contemplar el fondo.

El cuerpo del traidor yacía ensartado por largas y aceradas púas, que erizaban el fondo del siniestro pozo.

Más de dos horas tardó el terrestre en encontrar la salida del trágico laberinto, sorteando milagrosamente todas sus trampas.

Apenas se supo fuera de él, cayó al suelo, vencido por la emoción.

CAPÍTULO IX



STA fue mi aventura—Ralph respondió—. Pero, oiga... No concluyó —. ¡Mire! ¿No es Washington aquello?

«Gruñidos» agitó su cabeza con fuerza como si despertara de un sueño.

— ¡Si, maldición! — No irá a dejarme así, sin terminar esa historia. ¿Qué sucedió después? ¿Y Gor? ¿Qué fue de Lut y los otros?

— ¡Vaya! Está usted verdaderamente intrigado, ¿no es así?

— ¡Bah! ¿Quién puede concebir todo eso? Pero sucede que me gusta llegar al final de las cosas...

—No mienta; sabe que puedo leer en su pensamiento. Está plenamente convencido de que lo que digo es verdad. Sus únicos

escrúpulos radican en lo fabuloso del relato.

El coronel Goldsmith hizo un gesto ambiguo.

—Bien — respondió Temple sonriendo—. Queda poco por contar.

»Con la muerte de Anok cesó la guerra en Venus. Gor se repuso muy pronto y Von Heine y los suyos son personas influyentes en Kartos. En cuanto a Lut — le agradaría conocerla—, es mi esposa y la reina de los Hombres Verdes. Ellos me eligieron como rey, aunque yo no acepto ese título y adopto el de presidente. En realidad, Kartos está unificado. Las tres grandes naciones están unidas por lazos de familia. ¿Satisfecho?

—A medias — respondió Goldsmith —. ¿Por qué ha regresado a la Tierra?

—Soy un emisario de Venus. Traigo la amistad de los seres de aquel planeta.

— ¿Piensa regresar de nuevo?

—De otro modo no hubiera venido.

— ¿Cómo cree que podrá lograrlo?

—Esta vez no puedo satisfacer su insaciable curiosidad. No deseo comprometer la paz de los míos hasta no saber la opinión de mi «colega», el presidente de los Estados Unidos. Por otro lado, tampoco quiero una catástrofe para la Tierra.

En aquel momento el copiloto se asomó para indicarles que iban a aterrizar.

—Una última pregunta—rogó Goldsmith—. ¿Vino usted en ese avión azul, desde Venus?

—Imposible. El viaje interplanetario lo verifiqué en otra gran astronave. Desde ella partió el cohete en que llegué hasta ustedes.

El avión se había detenido. Apenas se abrió la portezuela para que descendieran pudieron ver gran cantidad de automóviles oficiales y motoristas.

Temple fue prácticamente arrebatado de las manos de Goldsmith, que quedó olvidado.

—Creí que esto era secreto — rezongó, encogiéndose de

hombros.

Ya en el Pentágono, «Gruñidos» tropezó con un viejo amigo de armas.

— ¡Hola, viejo búho! —saludó éste—. No puedo detenerme ahora, pero no te vayas y prometo darte noticias. Será interesante conocer detalles de la vida de los habitantes de Venus...

«Gruñidos adoptó aires de ser superior.

— ¡Bah! — respondió hinchándose—. ¿Qué podrás contarme de Venus que no sepa yo?



NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



— ¡No te muevas, Pepe, que si no consigo hacer la foto, cuando lleguemos a la Tierra no se lo van a creer!

La bomba energética era un artefacto capaz de destruir por sí sola todo el mundo. ¿Qué ocurrió?

Lea en el número siguiente la emocionante novela de ***CLARK CABRADOS:***

Policía Sideral

¡SE EMOCIONARA COMO NUNCA Y SALDRÁ

DE DUDAS!

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

36. — Una lápida en la Luna. — *Clark Carrados*

37. — El planeta desconocido. — *Peter Barton*

38. — No hay marcianos. — *Clark Carradas*

39. —Macro-humanos de Júpiter. — *Law Space*

40. — ¡Llegan los marcianos! — *H. S. Thels*

41. —-Flecha al cénit. — *S. S. Kent*

42. — La astronave fantasma. — *Law Space*

43. — Guerra de universos. — *H. S. Thels*

44. — Peste de plata. — *Clark Carrados*

45. — Nosotros, los marcianos. — *Law Space*

46. — Volver a empezar. — *H. S. Thels*

47. — ¡No salgamos al espacio! — *Law Space*

48. —Las blancas nubes de Venus. — *Clark Carrados*

49. — La tiranía de los robots. — *Law Space*

50. —Intriga en el cosmos. — *Red Arthur*

51. —Ha nacido un satélite. — *Clark Carrados*

52. — Bajo la capa mortal. — *S. S. Kent*

53. —El pueblo oculto de Kon-Tiki. — *E. Texeira*

54. —La palanca del tiempo. — *Law Space*

55. — Las estrellas nos atacan. — *Clark Carrados*

56. — Los esclavos de Silón. — *Red Arthur*

57. — Materia negativa. — *H. S. Thels*

58. — La pesadilla de los hipogeos. — *Law Space*

59. — ¡Se acaba la elíptica!—*H. S. Thels*

60. — Una princesa de Sirio. — *Clark Carrados*

61. — Vagabundos del infinito. — *Red Arthur*

62. —La fauna del Espacio. — *H. S. Thels*

63. — Conflicto estelar. — *Clark Carrados*

64. — La bestia informe. —*Law Space*

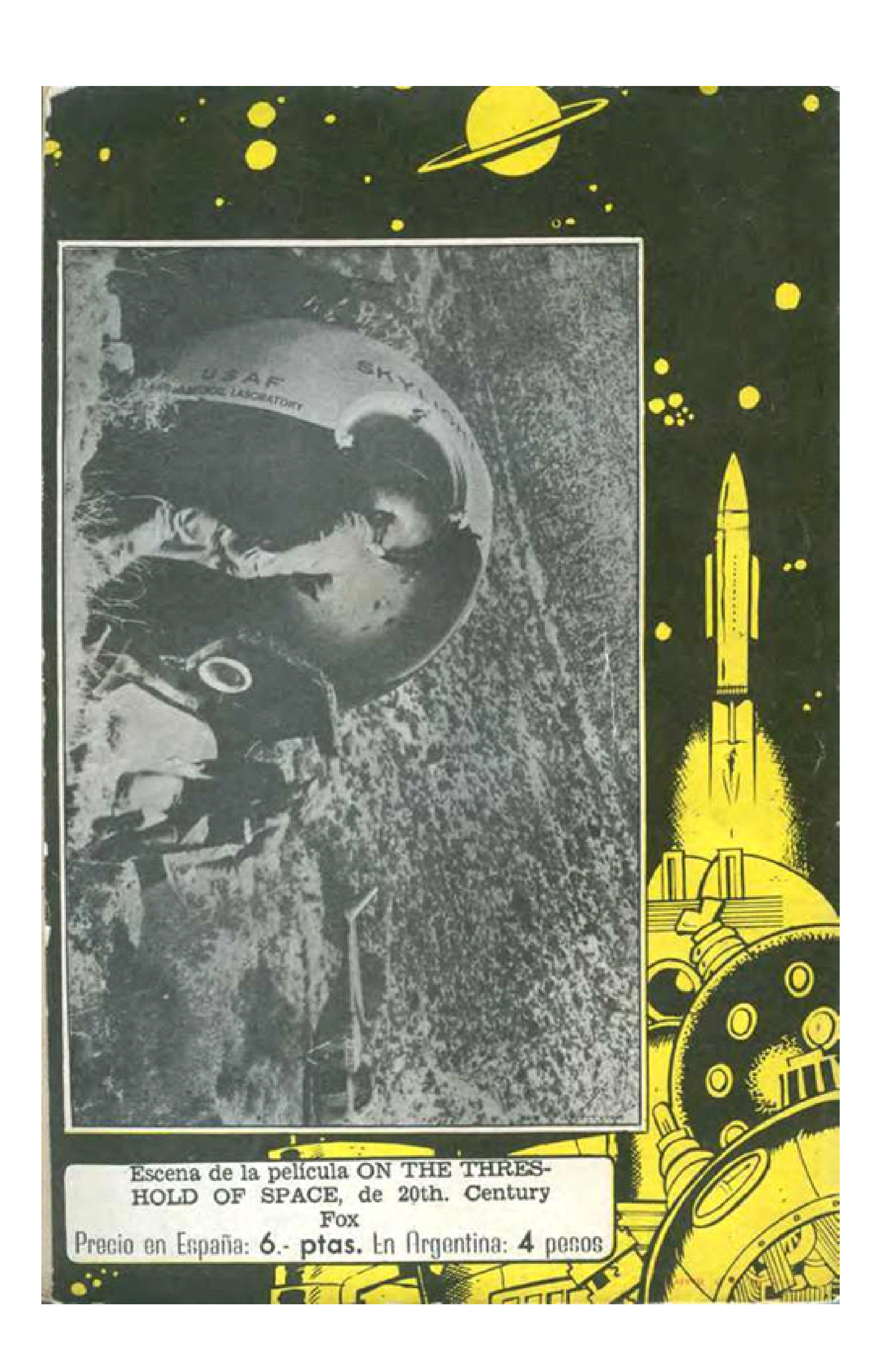
65. — Memorias de una máquina. — *Clark Carrados*

66. — Mensaje al Universo. — *Louis G. Milk*

67. — ¡Voces en el Espacio! —*H. S. Thels*

68. — Revolución en el Sistema. — *Clark Carrados*

69. —El juego de la muerte. — *Red Arthur*



Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4 pesos**